

MANUAL

DE LAS

HIJAS DE MARÍA INMACULADA

Y SANTA INÈS V. Y M.

establecida canónicamente en la Capilla
de la S. Familia

DE LA CIUDAD DE GÁLDAR

y dirigida por las Siervas de Jesús Sacramentado



TENERIFE

TIP. DE A. J. BENÍTEZ S. FRANCISCO 6 Y 8

1908

INSCRIPCIÓN

Ha sido admitida *Samon Tomas Luis*
en la *Pia Unión de las Hijas de Maria*, erigida canónicamente en
la *Capilla de la Sagrada Familia*.

El Director

Francisco M. Estrella

La Directora,

La Presidenta,

OBISPADO

DE CANARIAS



Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para que pueda publicarse el Reglamento-Devocionario ó Manual de la Pia-Unión de Hijas de María Inmaculada establecida en el Colegio de la Sagrada Familia de Gáldar, mediante que de Nuestra Orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma Católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la obra y entréguese dos ejemplares de esta, rubricados por el Censor en Nuestra Secretaría.

Las Palmas 12 Marzo 1908.

† FR. JOSÉ OBISPO DE CANARIAS.

Por mandado de S. E. I. El Obispo mi Señor,

LIC. JOSÉ M.^a LEZA

Canónigo Secretario.

REGLAMENTO

CAPÍTULO I

Del fin de la Pia Unión de Hijas de María

1. Las jóvenes que ingresan en la Pia Unión de Hijas de María Inmaculada y Santa Inés, se proponen honrar con cultos especiales á la Stma. Virgen, para, por este medio, librarse de las seducciones del mundo, y acertar en la elección de estado.

2. El amor á la Stma. Virgen y la fidelidad á las prácticas de este reglamento conducirán indudablemente á ese feliz resultado, del que dependen, la felicidad temporal, y la salvación eterna de las asociadas.

CAPÍTULO II

Del personal de la Pía Unión y de su dirección

3. El personal de la Pía Unión lo forman: *a)* las jóvenes que han sido recibidas ya en la misma, y *b)* las que aspiran á ser recibidas.

4. La Pía Unión será dirigida por un Consejo formado

a) por un Director, que deberá ser un sacerdote nombrado por el Señor Obispo;

b) una Directora, que será la Superiora del Colegio de la S. Familia, ó otra Hermana designada por aquella;

c) una Presidenta;

d) una Vice-Presidenta;

e) una Secretaria;

f) una Tesorera, y

g) siete vocales.

5. La Pía Unión tendrá un cuadro, que se colocará en la Capilla, donde se incribirán los nombres y apellidos de todas las asociadas.

6. Para hacer frente á los gastos que ocasione la Pía Unión, cada asociada, al ingresar en ella, hará una limosna; y todos los meses, en los actos de la tarde, se hará una colecta, cuyo producto, jun-

tamente con las limosnas de ingreso se destinará al fondo común para el fin indicado. Este fondo lo conservará la Tesorera, y lo administrará el Consejo.

7. La Congregación se agrupará en coros, cada uno de los cuales será atendido por una Consejera. El número de jóvenes que haya de pertenecer á cada uno de los coros lo fijará el Consejo; y si las asociadas fueran tantas que no bastaran las Consejeras para atenderlas, se nombrarán Celadoras para este fin, las cuales, por el mismo hecho de serlo, formarán parte del Consejo, teniendo voz y voto en él.

8. El ingreso se hará por medio de solicitud, dirigida á la Sra. Directora, ó por presentación de la aspirante por una Consejera.

9. En cada caso de muerte de una asociada, se hará decir una misa y se ofrecerá una comunión general en sufragio de su alma.

10. En las reuniones mensuales se rezarán las oraciones que señala el ritual para las asociadas difuntas y enfermas.

11. Todos los años se tendrán tres días de retiro espiritual en al tiempo y forma que juzgare conveniente el Consejo.

CAPÍTULO III

Recepción de aspirantes

12. Las jóvenes que aspiren á ser admitidas en la Pía Unión, deberán:

a) haber hecho la primera comunión;
b) mostrar especial devoción á la Stma. Virgen y mucho deseo de formar parte de la Pía Unión;

c) tener el consentimiento de sus padres, y la aprobación del Consejo de la Pía Unión;

d) haber asistido algunas veces á las reuniones de la Pía Unión.

13. La prueba de las aspirantes no durará menos de tres meses, que se prolongará si así pareciere conveniente al Consejo.

14. La recepción de las aspirantes podrá hacerse en cualquiera de las reuniones mensuales. En el día establecido, la aspirante hará en presencia de las asociadas el acto de consagración que señala el reglamento, recibiendo de manos del Sr. Director, y con la solemnidad acostumbrada, la medalla de aspirante.

15. El distintivo de aspirante es la medalla de la Asociación pendiente de una cinta verde, que se colocará en la misma forma que las Hijas de María.

CAPÍTULO IV

De la admisión de las Hijas de María

16. Concluída la prueba, y juzgándose á la aspirante digna de ser admitida entre las Hijas de María, se la recibirá con las solemnidades que señala el reglamento.

17. Las recepciones generales se celebrarán con mayor solemnidad en los días de la Inmaculada Concepción, y de la Asunción de la Stma. Virgen. Las particulares se celebrarán en cualquier día que señalare el Consejo, siendo muy á propósito los segundos domingos en la función de la tarde.

18. El distintivo de las Hijas de María será la medalla de la Asociación, pendiente de una cinta azul celeste, que recibirán de manos del Sr. Director, y según las prescripciones del ritual. La cinta deberá ser de cinco centímetros de ancho por un metro treinta centímetros de largo, cuyos extremos se cruzarán por la espalda, dejando flotar seis centímetros por cada punta. La cinta de la Presidenta será blanca y un poco más ancha que las otras; la de las Consejeras será azul celeste, y del mismo ancho que la de la Presidenta.

19. La joven admitida al honor de Hija de María deberá poner mucho empeño en hacerse un perfecto modelo de virtudes, esforzándose por imitar al buen Jesús, nuestro Maestro, y á su Santísima Madre, teniendo presente que en el camino de la perfección el que no adelanta se mueve hacia atrás.

20. El Consejo, por circunstancias particulares, podrá resolver la admisión á la Pía Unión de jóvenes de otros pueblos que deseen ser Hijas de María, á las cuales podrá dispensárseles la asistencia á las reuniones mensuales, si justifican que en sus Parroquias cumplen con las comuniones y observan las demás prácticas de reglamento.

CAPÍTULO V

De la expulsión de las Hijas de María

21. La Hija de María que no sirva de edificación á sus compañeras, y no haga caso de la solicitud del Consejo por corregirla, y de los desvelos del señor Director, Hermana Directora y Presidenta por enmendarla, debe ser expulsada. Antes de llegar á tan doloroso extremo, se la amonestará una, y otra, y otra vez; si las tres amonestaciones no

producen fruto, se la privará temporalmente de la medalla; y si aún esta medida no surte efecto, finalmente se la expulsará.

22. Las causas de expulsión son las siguientes:

a) la resistencia formal y pertinaz á los superiores de la Pía Unión en lo que es de su incumbencia dentro de la misma

b) injurias notables y repetidas á las consocias;

c) la falta de asistencia habitual á las comuniones y demás actos de la Pía Unión á pesar de las amonestaciones que señala el reglamento;

d) el espíritu de murmuración y crítica contra la Pía Unión y sus prácticas;

e) la mala fama adquirida por inmodestia en el hablar ó en el vestir, y lectura de libros inmorales ó antireligiosos.

23. Las asociadas que hayan sido despedidas por las causas *a)*, *b)*, *c)* y *d)*, podrán de nuevo ser admitidas, si lo justificare una conducta ejemplar observada por mucho tiempo; las expulsadas por la causa *e)* no serán admitidas jamás.

24. En la primera reunión después de haber sido expulsada una Hija de María, se rogará por ella, rezando un Padre nuestro y Ave María, y la invoca-

ción ¡Oh María sin pecado concebida!, etc., que se repitirá tres veces. El nombre de la expulsada será borrado del registro, y sacado del cuadro.

25. Las Hijas de María se abstendrán de toda comunicación familiar con la expulsada, concediéndole sólo el trato que exige la caridad cristiana; no se ocuparán en las faltas que han dado lugar á una resolución tan extrema; y si algún incidente de la misma conviniere ser conocido para el gobierno de la Pía Unión, lo manifestarán solamente al señor Director, Hermana Directora ó Presidenta. ¡Qué la Stma. Virgen no permita jamás que un mal tan grande venga sobre ninguna de sus hijas!

CAPÍTULO VI

De las reuniones de la Pía Unión

26. Las Hijas de María deben conocerse para mutuamente estimularse á las virtudes, y honrar mejor á la Santísima Virgen, la que se complace en ver á sus hijas reunidas dirigiéndole alabanzas, ó pidiéndole beneficios. La oración en común es mas eficaz que la privada. Este es el fin de las reuniones.

27. Las reuniones son ó del Consejo, ó de toda la Pía Unión.

28. Las reuniones del Consejo son ordinarias ó extraordinarias. Las ordinarias se celebrarán una vez cada mes, en el día y hora que fijará el Consejo; y las extraordinarias, siempre que, á juicio del Consejo, algún acontecimiento importante lo exija.

29. En las reuniones ordinarias se observará el siguiente orden:

a) Se rezarán las preces que indica el reglamento, á saber: el *Veni Sancte Spiritus* con la oración que señala el ritual, un *Ave María* á la Stma. Virgen, y la jaculatoria ¡Santa Inés ruega por nosotros!

b) la Secretaria dará lectura al acta de la reunión anterior, la que, estando conforme, será firmada por el Director, Directora, Presidenta y Secretaria;

c) la Secretaria dará cuenta de las faltas de asistencia y de los motivos de ella;

d) se deliberará acerca de la marcha de la Pía Unión, debiendo cada Consejera exponer con entera libertad lo que le parezca más conducente á su prosperidad;

e) si hay asociadas enfermas, se nombrará una comisión que estará encargada de visitarlas y atenderlas según los

fines de la Asociación, debiendo dar cuenta de su cometido al Consejo en la reunión inmediata siguiente;

f) las reuniones se terminarán dando gracias á Dios, rezando un Ave María á la Stma. Virgen, y la jaculatoria antes mencionada á Santa Inés.

30. Las reuniones extraordinarias del Consejo tienen por objeto resolver sobre admisión de nuevas congregantes en casos de urgencias, fijar el día de las elecciones, y estudiar y resolver todo asunto grave é imprevisto. Se observará el mismo orden que en las ordinarias; las Consejeras informarán con prudencia y verdad sobre las condiciones de las jóvenes que aspiran á la admisión; si hubiere dudas, se procederá á votación secreta, cuyo resultado dirá si debe ó no ser admitida la aspirante, á la que se comunicará la resolución del Consejo en vista de la votación; y se dará por terminado definitivamente el asunto.

En caso de que alguna conveniencia aconsejare hacer admisiones en las reuniones ordinarias del Consejo, podrá resolverse así.

CAPÍTULO VII

De las elecciones

31. Todos los años se renovará el personal del Consejo por medio de elecciones, en las que podrán tomar parte todas las asociadas. Los cargos de Consejeras durarán un año, de ocho á ocho de Diciembre, pudiendo ser reelegidas cuantas veces se quiera.

32. Antes de las elecciones, el señor Director se dirigirá á la reunión, excitándola á prescindir de respetos humanos y á honrar con sus votos á aquellas asociadas que se hayan distinguido por su edificación y celo á favor de la Pia Unión.

33. Las elecciones se harán del modo siguiente:

El Sr. Director, de acuerdo con el Consejo, hará repartir á cada una de las electoras una papeleta en que estarán escritos tres nombres, con sus apellidos, de tres candidatas para cada uno de los cargos del Consejo, siendo uno de esos tres nombres el de cada una de las Consejeras en el cargo que venía desempeñando; las electoras borrarán dos de dichos nombres, dejando sin borrar el que más confianza les merezca; después doblarán las papeletas, y cada

una de las electoras irá á depositarla sobre la mesa que al efecto estará preparada, y en la que estará presidiendo el Sr. Director, acompañado de dos Secretarias, la saliente y otra cualquiera que se nombrará en el instante mismo de la elección. Depositadas ya todas las papeletas, y recontadas para ver si su número corresponde al de votantes, el Sr. Director irá leyendo en alta voz, una por una, todas las papeletas depositadas, señalando cada uno de los nombres que no han sido borrados y el cargo que se le designa, todo lo que irá anotando cada una de las Secretarias de las elecciones en su lista respectiva: terminada la lectura de todas las papeletas, las Secretarias sumarán aparte el número de votos que corresponde á cada una de las candidatas, y conviniendo las sumas de entrambas Secretarias, el Sr. Director proclamará á las nuevas Consejeras, que serán las que hayan obtenido mayor número de votos en cada uno de los cargos. Los empates se resolverán por cédulas y á la suerte.

Terminada la elección, se cantará el *Laudate Dominum*, que contestarán las congregantes.

34. Si durante el año fuere preciso aumentar el número de dignatarias, podrán hacerlo el Sr. Director y Hermana Directora, de acuerdo con el Consejo; y de ese aumento se dará cuenta á la Pía Unión.

CAPÍTULO VIII

De las reuniones de toda la Pía Unión

35. El segundo domingo de cada mes, y en las fiestas mas importantes de la Stma. Virgen, se reunirá toda la Pía Unión al objeto de honrar á su celestial Patrona con los actos piadosos acostumbrados, á saber: la comunión, la santa misa, oficio de la Stma. Virgen, etc. El orden que deberá observarse en estas reuniones será señalado por el Consejo.

36. Sin causa justificada no podrá faltar á ellas ninguna Hija de María; y tres faltas sin motivo serán tomadas en cuenta por el Consejo y objeto de amonestación.

CAPÍTULO IX

De los oficios de la Pía Unión

36. El Director deberá ser siempre

un sacerdote nombrado por el Sr. Obispo. Sus atribuciones son: presidir las reuniones del Consejo y todos los actos públicos de la Pía Unión; vigilar por el fiel cumplimiento del reglamento; y, en caso de duda, interpretarlo; firmar las actas y notas oficiales, y proveer provisoriamente, mientras llegan las elecciones, las vacantes que durante el año resulten en los cargos del Consejo.

37. A la Hermana Directora, por cuanto está mas cerca de las asociadas, corresponde una vigilancia más íntima y constante por el bien espiritual de la Pía Unión; y así, procurará conocer las causas de descontento, si las hay dentro de la misma, para prevenirlas con celo y remediarlas con prudencia; se mostrará solícita en que se desarrolle el espíritu de piedad, prohibiendo toda afectación y singularidad que pudiera hacer ridículas á las Hijas de María; y, finalmente, tratará de fomentar en ellas las virtudes del hogar, de modo que sean á un tiempo piadosas Hijas de María y obedientes, humildes y activas hijas de familia.

La Hermana Directora deberá asistir á todas las reuniones generales y particulares de la Pía Unión, y presidir las

segundas en ausencia del señor Director.

38. La Presidenta debe distinguirse por su caridad, humildad, paciencia y dulzura.

Sus atribuciones son: ocupar el primer puesto después de la Hermana Directora; firmar las actas del Consejo, los libros y cuentas de Tesorería, los inventarios y documentos de Secretaría, los manuales y diplomas que se entreguen á las asociadas, y toda correspondencia de alguna importancia; debe vigilar para que todas las congregantes cumplan sus deberes, trayendo con suavidad al buen camino á las extraviadas, si alguna se apartare de él; y, por fin, deber ser cuidadosa por las enfermas, y compasiva por las afligidas.

La Vice-presidenta suple las ausencias de la Presidenta.

39. La Secretaria á una piedad sólida, actividad y espíritu de orden, debe unir la instrucción.

Sus atribuciones son: tener tres libros; uno de actas, en el que se anotarán las deliberaciones y resoluciones del Consejo y de las Asambleas; otro, en el que se registrarán el nombre, apellidos, día de ingreso, domicilio y día de recepción

de cada una de las asociadas, dejando un margen regular donde hacer las anotaciones que pudieran convenir; y un tercero, en que se consignarán las faltas de asistencia que las celadoras comunicaren en cada reunión. Estos libros estarán guardados por la Secretaria y á disposición del Consejo. Corresponde también á la Secretaria redactar las actas de las reuniones del Consejo, y presentarlas en la reunión siguiente, juntamente con los documentos entrados desde la reunión anterior: conservar con cuidado toda la correspondencia: firmar las actas, diplomas y todo documento importante, sellando con el timbre de la Congregación los que por su naturaleza lo exijan; vigilar para que se conserven en su debido estado los cuadros que prescribe el reglamento; preparar todo lo conducente para las reuniones de la Pía Unión y del Consejo; y, finalmente, avisar á las interesadas sobre las resoluciones del Consejo.

La Prosecretaria suplirá las ausencias de la Secretaria, y la ayudará en sus trabajos.

40. Las atribuciones de la Tesorera son: guardar cuidadosamente los fondos que la Congregación vaya reuniendo;

llevar un libro de caja, y dar cuenta de su estado en todas las reuniones del Consejo, sin autorización del cual no podrá hacer gasto alguno; y, al cesar en su cargo, entregar á la Hermana Directora y Presidenta la caja, el libro de cuentas y un inventario, que firmará juntamente con la Presidenta, de todos los objetos de la Asociación.

41. Las Vocales ó Consejeras serán cinco, y sus atribuciones son: auxiliar al Consejo en todo lo concerniente á la buena marcha de la Asociación; manifestar al Consejo todas las faltas de alguna importancia que lleguen á sus oídos sobre la conducta de las asociadas; y ser prudentes en esa manifestación, no haciéndola sin estar bien informadas del caso, comunicándolo tan sólo al Director, Directora ó Presidenta, y siendo muy reservadas sobre lo mismo tanto con personas extrañas como pertenecientes á la Pía Unión.

42. La primera de las cinco Consejeras será la Instructora. Sus atribuciones son: cuidar, vigilar y preparar á las aspirantes, informar al Consejo sobre la conducta de las mismas, y en las reuniones mensuales colocarse cerca de ellas para advertirlas de lo que deban hacer.

43. La Sacristana debe distinguirse por su ejemplaridad. Sus atribuciones son: cuidar con esmero y diligencia de todos los objetos destinados al culto, teniéndolos siempre muy limpios y conservándolos en lugares convenientes para que ni se extravíen, ni se extropéen; preparar el altar para los actos religiosos de la Pía Unión; y ponerse á disposición de la Hermana Directora para saber lo que haya que hacer y acerca de las horas en que se deba hacer.

44. Las celadoras deben avisar á su coro respectivo, y con ocho días de anticipación, el día y la hora de las comuniones generales y de las reuniones de la Pía Unión; comunicar al Consejo, en los días que se reuna, las faltas que hayan observado en sus coros, los motivos de ellas, y si fueron con aviso ó sin él; transmitir á sus celadas las resoluciones del Consejo, y visltarlas en caso de enfermedad ó aflicción.

CAPÍTULO X

Señoras de María

45. Con el fin de que no dejen de pertenecer á la Pía Unión las Hijas de María que contraen estado, y para que

la Stma. Virgen las ampare en su nuevo destino y las dirija en sus importantísimos deberes, se establece que podrán seguir perteneciendo á la misma con el nombre de Señoras de María.

El distintivo de las Señoras de María será la medalla de la Asociación pendiente de una cinta blanca, en la misma forma que las demás asociadas.

Teniendo presente que primero es la obligación que la devoción, deben ser activas para atender á todos los deberes del hogar, y piadosas y solícitas para asistir á los actos religiosos de la Pía Unión, á fin de que la Stma. Virgen sea la madre de su hogar.

No se les señalan obligaciones; pero se les recomienda la asistencia á las comuniones mensuales, especialmente las de la Inmaculada, Asunción y día de Santa Inés.

Ritual de las Hijas de María

Toma de la cinta azul

Preparado convenientemente el altar, dáse principio al acto por el canto del

HIMNO

Dios te salve estrella hermosa
Del mar, de Dios Madre Santa,
Virgen sin mancha, y del Cielo
Puerta bienaventurada
Tomando el Ave del labio
De Gabriel en quietud grata
Mantennos trocando el Eva
De la que al pecar dió causa.
Rompe al reo las prisiones
Da vista á los ciegos clara,
Exímenos de los males
Y cólmanos de bonanza.
Demuéstranos que eres Madre
Y acepta nuestras plegarias
Por el que ser tuyo quiso
Y por nosotros se encarna
¡Oh Virgen incomparable
Más que cuantas hubo blanda
Guardándonos de las culpas
Nuestra vida haz quieta y casta.
Concédenos que sea pura
Y una senda nos prepara
Fija que á Jesús nos lleve,
Y en gozo eterno nos haga,
Sea la alabanza al Dios Padre
Y á Cristo sea la alabanza
Con el Espíritu Santo
Gloria á los Tres Soberana.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de las promesas de Ntro. Señor Jesucristo.

Oremos

Soberano Señor y Dios nuestro, rogámoste que concedas á nosotras, vuestras siervas, la gracia de que gocemos perpetuamente de la salud del alma y del cuerpo, y que por la intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, nos libres de la tristeza presente, y nos hagas gozar de la gloria eterna. Por N. S. Jesucristo. Así sea.

Las jóvenes que han de tomar la cinta azul estarán arrodilladas delante del altar de la Virgen, teniendo en la mano derecha un cirio encendido; y responderán á las siguientes preguntas que les hará el Sr. Director:

P. Hijas mías, ¿qué es lo que os trae al pie del altar de María Inmaculada?

R. Padre, el ardiente deseo de ser recibidas de Hijas de María.

P. ¿Prometéis cumplir con fidelidad el reglamento de la Pía Unión, y de observar exactamente todas las prácticas piadosas que contiene?

R. Si, Padre, con la gracia de Dios y la protección de María Inmaculada

y de Santa Inés, prometemos cumplirlo y observarlas con fidelidad.

P. ¿Prometéis hacer todos los esfuerzos posibles para adquirir las virtudes que deben adornar á las Hijas de María, y asegurar vuestra perseverancia en el servicio del Señor y de la Stma. Virgen?

R. Si, Padre, prometemos dedicarnos con ardor á la práctica de esas virtudes para llevar dignamente el título de Hijas de María, y dar á conocer y hacer honrar á nuestra Santa é inmaculada Madre.

NOTA:— Las preguntas y respuestas dichas se harán en singular si fuere tan sólo una la Hija de María que tomare la cinta.

Después el Director dirá:

«En consideración al buen deseo que habeis mostrado, y á la conducta ejemplar con que os habeis distinguido, os admitimos gozosos en la Pía Unión de las Hijas de María.

Y para que sean más solemnes y sagradas las obligaciones que habeis contraído, recitad en presencia de todas las Hijas de María el acto de consagración á María Inmaculada.»

Una de las jóvenes que van á ser recibidas leerá en alta voz el siguiente *acto*

de consagración, repitiendo las demás con fervor y piedad lo que vaya diciendo la primera.

*Acto de consagración de las Hijas
de María á la Stma. Virgen*

† En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

¡Oh María, concebida sin pecado! yo quiero ponerme hoy bajo vuestro especial amparo; y con este fin os elijo por Patrona, Abogada, Señora y Madre mía: á vuestros pies formo la firme resolución de ocuparme con todas mis potencias y facultades en la propagación de vuestro culto y exaltación de vuestra gloria. Hago profesión solemne de perteneceros, de hoy en adelante, toda entera y sin reserva, de seguir vuestras huellas gloriosas, y de imitar vuestras virtudes, especialmente vuestra pureza más que angélica, vuestra humildad profunda, vuestra obediencia ciega y vuestra caridad incomparable. Esta es la promesa formal que hago al pie de vuestro altar, en presencia de toda la corte celestial. Dignáos, tierna Madre, interceder por mí, y obtenerme la gracia de que necesito para cumplirla con fidelidad durante mi vida, y merecer el

favor de ser vuestra hija por toda la eternidad.

Bendición de las medallas

V. Adjutorium nostrum in nomine Domini

R. Qui fecit cœlum et terram.

V. Domine exaudi orationem meam.

R. Et clamor meus ad te veniat.

V. Dominus vobiscum.

R. Et cum spiritu tuo.

Oremus

Omnipotens et misericors Deus, qui propter eximiam charitatem tuam qua dilexisti nos, Filium tuum unigenitum Dominum nostrum Jesum Christum pro redemptione nostra de cœlis in terram descendere et de Beatissimæ Virginis utero, Angelo nuntiante, carnem suscipere voluisti, ut nos eriperes de postestate diaboli, obsecramus immensam potentiam tuam ut hoc numisma—haec numismata—in honorem Genitricis Filii tui ab Ecclesia tua fidele dicatum—dicata—benedicas † et sanctifices † eique—isque—quicumque id portaverit, aut domi reverenter tenuerit, ab omni hôte et adversitate semper et ubique liberetur, Indulgentiam lucrari possit juxta mandatum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ,

et in exitu mortis suae á Beatissima Virgine Tibi praesentari mereatur. Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum etc.

Benedictio Dei Omnipotentis Patris et Filii † et Spiritus Sancti descendat super te — vos — et maneat semper. Amen.

El Director echa agua bendita sobre las medallas y cintas; y al entregarlas á cada una de las jóvenes que las han de recibir, dice: recibe, Hija mía, esta medalla y esta cinta como la librea de María Inmaculada y el signo exterior de tu consagración á tan tierna Madre: acuérdate que debes llevarla siempre con respeto y confianza, y muéstrate digna de tu sagrado título de Hija de María.

Al entregar el manual, dice:

Recibe y conserva este manual que contiene el reglamento de la Pía Unión; tu fidelidad en cumplirlo atraerá sobre tí protección y los favores de tu Santa é Inmaculada Madre.

Terminada la distribución de las medallas y reglamentos, el Sr. Director, dirigiéndose á las nuevas admitidas, que estarán arrodilladas al pie del altar pronunciará la fórmula de la admisión.

Ego auctoritate qua fungor, admitto

vos in Piam Unionem Filiarum Mariae sub patrocinio Virginis Inmaculatae et S. Agnetis Virginis et martiris. et facio vos participes omnium bonorum spiritualium ejusdem societatis, in nomine Patris † et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

Suscipiat vos Christus in numero consociarum nostrarum et suarum formularum, et concedat vobis tempus bene perseverandi, et ad aeternae vitae hereditatem feliciter perveniendi; et sicut nos hodie fraterna charitar spiritualiter jungit in terris, ita divina pietas, quae dilectionis est auctrix et amatrix, nos cum fidelibus suis conjungere dignetur in coelis. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen,

V. Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis.

R. A templo sancto tuo, quod est in Jerusalem.

V. Salvam fac ancillam tuam.

R. Deus meus sperantem in te.

V. Mitte ei Domine auxilium de Sancto.

R. Et de Sion tuere eam.

V. Ora pro nobis Sancta Dei Genitrix.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

V. Domine exaudi orationem meam.

R. Et clamor meus ad te veniat.

V. Dominus vobiscum.

R. Et cum spiritu tuo.

Oremus

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, et hanc famulam tuam, quam in Congregatione Inmaculatae Mariae Virginis aggregavimus, † benedicere dignare, et praesta ut Statuta nostra, per auxilium gratiae tuae sancte, pie ac religiose vivendo valeat observare, et observando vitam promereri sempiternam. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

Ahora el Sr. Director hará una plática ó exhortación á las nuevas asociadas, y después el coro entonará el cántico del magnificat, ú otro.

Magnificat

Glorifica mi alma al Señor.

Y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios mi Salvador.

Porque ha fijado la vista en la humildad de su sierva, ved aquí porque me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Pues ha hecho en mí cosas grandes y maravillosas el que es todopoderoso, y su nombre santo.

Cuya misericordia se extiende de generación en generación á todos los que le temen.

Extendió el brazo de su poder y disipó el orgullo de los soberbios, trastornando sus designios: desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes.

A los necesitados llenó de bienes, y á los ricos los dejó sin cosa alguna.

Exaltó á Israel, su siervo, acordándose de él por su gran bondad y misericordia.

Así como lo había prometido á Abraham, nuestro Padre, y á toda su descendencia por los siglos de los siglos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Así como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

V. Eres toda pura, amiga mía.

R. Y en tí jamás estuvo la mancha original.

Oremus

Domine Jesu Christe, qui in cruce moriens Inmaculatam Virginen Mariam Genitricem tuam, matrem nobis misericorditer dedisti; concede, ut tanti beneficii memores vitae innocentia sinceramente pietate nos dignos Mariæ filios

comprobemus: qui vivis et regnas, Deus,
in saecula saeculorum. Amen.

Toma de la cinta verde

Estando las aspirantes arrodilladas
delante del altar, el Sr. Director dará
principio al acto, diciendo:

Veni Sancte Spiritus, reple tuorum
corda fidelium, et tui amoris in eis ignem
accenden.

V. Emitte Spiritum tuum et crea-
buntur.

R. Et renovabis faciem terrae.

Oremus

Deus qui corda fidelium sancti Spiri-
tus illustratione docuisti: da nobis in
eodem Spiritu recta sapere, et de ejus
consolatione gaudere. Per Christum Do-
minum nostrum. Amen.

Luego el Sr. Director hará á las aspi-
rantes el siguiente interrogatorio:

D. ¿Qué pedís, hijas mías?

A. Padre, pedimos ser admitidas de
aspirantes á la Pía Unión de Hijas de
María.

D. ¿Conocéis el reglamento de la Pía
Unión, y estáis dispuestas á observarlo
fielmente?

A. Sí, Padre, lo conocemos, y espe-
ramos con la gracia de Dios y por la in-

terceción de María Santísima Inmaculada, y nuestra Protectora Sta. Inés, observarlo exactamente.

D. ¡Qué Dios bendiga vuestros santos deseos! y, al efecto, haced el siguiente

Acto de consagración á la Sma. Virgen

Habiendo tenido la dicha de ser admitidas en el número de las aspirantes, nos prosternamos al pie de vuestro altar, ¡Oh Inmaculada María! para manifestaros el deseo ardiente de nuestro corazón de ser admitidas entre vuestras Hijas predilectas. Y con el fin de merecer este insigne favor, tomamos en vuestra presencia, ¡Oh tierna Madre nuestra! la firme resolución de ocuparnos con todas nuestras fuerzas en ser por vuestra piedad, caridad y obediencia, la edificación de vuestras compañeras, y de adquirir las virtudes que recomendáis á vuestras Hijas. Mas ¡ay! Madre nuestra, vos' conocéis nuestra inconstancia y ligereza: venid, pues, en nuestro socorro, ¡Oh poderosa Abogada nuestra! y obtenednos de vuestro divino Hijo la perseverancia en vuestras buenas resoluciones, y la gracia de permanecer fieles á vuestro amor durante toda nuestra vida, para que merezcamos

ser hijas vuestras en la tierra y en el cielo. Así sea.

Ahora se bendicen las medallas y se distribuyen en la forma que se ha dicho arriba para las Hijas de María. Después el Director hace una exhortación á las nuevas asociadas, y termina el acto con algún cántico á la Sma. Virgen.

Elecciones

La reunión empieza con el *Veni Creator* recitado ó cantado, alternando con las asociadas.

Celebradas las elecciones, el Director dirá á las nuevas Dignatarias: Hijas, escogidas por la divina Providencia para servir de guías á la Congregación, estáis obligadas á mostraros dignas de un cargo tan importante, edificando á vuestras compañeras con vuestra piedad, vuestra abnegación y vuestra caridad: esforzaos en cumplir con humildad y celo tan bellas obligaciones: con vuestros buenos ejemplos y vuestra exactitud en cumplir vuestros deberes procuraréis que el orden y la modestia reinen en las reuniones y el amor á la Congregación en todos los corazones para mayor honra y gloria de Dios y de María Inmaculada.

P. Hijas, ¿prometéis desempeñar con celo y edificación los cargos que se os han confiado y observar fielmente y hacer observar las reglas y prácticas de la Congregación?

R. Prometemos hacerlo con la gracia de Dios y el auxilio de su Santísima Madre.

Entonces, la primera dignataria, en nombre de todas, dice:

Santa María, Madre de Dios y Virgen Inmaculada, nosotras, dignatarias de tu Pía Unión, prometemos ser fieles á la observancia de todas las reglas, trabajar con ardor por los intereses espirituales de la misma y por cada miembro de ella en particular, y esforzarnos en propagar vuestro culto y glorificar vuestro santo nombre. Dignáos, oh María, bendecir nuestra resolución, y obtenednos de Jesús, vuestro Hijo, la gracia de desempeñar con edificación y celo los empleos que aceptamos de vuestra mano dentro de esta Congregación que tiene el honor de estar dedicada á vuestro servicio. Así sea.

La ceremonia termino con el canto del

Laudate

Laudate Dominum omnes gentes;
laudate eum omnes populi.

Quoniam confirmata est super nos misericordia ejus; et veritas Domini manet in aeternum.

Gloria....

V. Benedicamos Patrem et Filium cum Sancto Spiritu.

R. Laudemus et superexaltemus eum in saecula.

Oremus

Deus cujus misericordiae non est numerus et bonitatis infinitus est thesaurus, piissimae majestati tuae pro collatis donis gratias agimus, tuam semper clementiam exorantes, ut qui petentibus postulata concedis, eosdem non desereus ad praemia futura disponas. Per Christum...

ORACIONES PARA LAS REUNIONES
DE LAS HIJAS DE MARÍA

Al empezar

El Director, ó la primera Dignataria, dirá:

Veni, Sancte Spiritus, reple tuorum eorda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.

V. Emitte Spiritum tuum et creabuntur.

R. Et renovabis faciem terrae.

Oremus

Deus, qui corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti, da nobis in eodem Spiritu recta sapere et de ejus semper consolatione gaudere. Por Christum Dominum nostrum. Amen.

Dios te salve etc.

V. Oh María concebida sin pecado.

R. Rogad, por nosotras que recurrimos á Vos.

V. Santa Inés.

R. Rogad por nosotras.

Acto continuo el Director puede hacer una plática, ó pueden recibirse las espirantes; y se termina del modo siguiente:

Para la conclusión

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no despreciéis nuestras súplicas en nuestras necesidades, antes bien libranos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita.

V. Dignare me laudare te, Virgo sacra.

R. Da mihi virtutem contra hostes tuos.

V. Memento Congregationis tuae.

R. Quam possedisti ad initio.

V. Oremus pro benefactoribus nostris

R. Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona facientibus propter nomen tuum vitam aeternam. Amen.

V. Pro sororibus nostris absentibus.

R. Salvas fac ancillas tuas, Deus meus, sperantes in te.

V. Domine exaudi orationem meam.

R. Et clamor meus ad te veniat.

V. Dominus vobiscum.

R. Et cum spiritu tuo.

Oremus

Defende quaesumus, Domine, Beata Maria intercedente, istam ab omni adversitati familiam et toto corde tibi prostatam ab hostium propitius tuere insidiis.

Omnipotens et clementissime Deus, qui hodierna die tuam Congregationem Immaculatae Virginis Mariae ad glorificandum nomen sanctum tuum adnare fecisti, te suplicher deprecamur, ut intercedente eadem Beatissima Virgine cum Sancta Agnete et omnibus Sanctis tuis, in cordibus nostris infundas spiritum tuum, qui nos in observantia mandorum tuorum et statutorum nostrae sodalitatis confirmet, et mundi vanitatibus nos semper custodiat, et gratiae suae munere in portum salutis inducat.

Omnipotens sempiterne Deus, qui

infirmi mundi eligis, ut fortia quaeque confundas, concede propitius, ut qui beatæ Agnetis Virginis et Martiris tuæ commemorationem colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus. Per Dominum, etc.

V. Oh María sin pecado concebida.

R. Rogad por nosotras que acudimos á Vos.

V. Santa Inés.

R. Rogad por nosotras.

**Acto de renovación de la consagración
á María**

¡Oh María Inmaculada, poderosa abogada nuestra y nuestra tierna Madre! ¡Cuán dichosas somos de perteneceros y ser vuestras hijas privilegiadas! Nos complacemos en venir cada mes al pie de vuestros altares para renovar el acto por el cual nos hemos consagrado á vuestro servicio al entrar en vuestra querida familia. Permitid, oh María, este nuevo acto de entrega de todo nuestro ser en vuestras poderosas manos; para Vos son todos nuestros afectos y todos nuestros pensamientos; para Vos todo nuestro amor y toda nuestra vida.

Henos aquí postradas humildemente á vuestros virginales pies para daros

nuevo testimonio del profundo reconocimiento que abrigan nuestros corazones por el favor insigne que nos habeis otorgado al recibirnos en el número de vuestras Hijas, y por las abundantes gracias que habeis prodigado á cada una de nosotras, y á toda la Asociación, durante el mes que acaba de expirar. Continudad, oh amantísima Señora y Madre nuestra, la obra que misericordiosamente habeis comenzado, y alcanzadnos de vuestro divino Hijo la gracia de corresponder á tanto amor y á tan señalados beneficios.

Perdonadnos, Señora, las faltas y negligencias, por desgracia muy numerosas, que hemos cometido, y continuad, á pesar de nuestra flaqueza y maldad, derramando sobre nosotras vuestras maternales bendiciones. ¿Cómo podréis rechazar nuestras ofrendas y súplicas? Ciertamente es que somos muy ingratas; pero ¿acaso una madre rechaza jamás al hijo sinceramente arrepentido, que se arroja en sus brazos?

Si somos indignas de vuestros favores, acordáos, ¡oh dulce Madre! que sois la Virgen clemente, el refugio de los pecadores, la Madre de misericordia y nuestra tierna Madre. Por esto, Seño-

ra, llenas de confianza nosotras que somos vuestra porción y herencia estamos postradas á vuestros pies para hacer una dulce violencia á vuestro maternal corazón.

¡Oh María, la más pura de las Vírgenes! Oid ahora y siempre á vuestras Hijas; dirigid, desde la cumbre de vuestro glorioso trono una mirada de compasión sobre nosotras, y protejednos de todos nuestros enemigos. Con este fin depositamos en vuestro Corazón Inmaculado nuestros consuelos y nuestras penas, nuestras esperanzas y temores; sed la alegría en nuestros tristezas, nuestra paz en medio de las tempestades, nuestro amparo en los combates, nuestro consejo en todas nuestras empresas, nuestro refugio seguro en todas nuestras necesidades.

¡Oh amantísima Reina! dignáos ser siempre y en todas las cosas nuestra dulce Madre, sednos propicia durante nuestra vida, y sobre todo no nos abandonéis, Señora, en la hora de la muerte, para que, después de haberos honrado y servido en la tierra, tengamos la dicha de estar reunidas en vuestro seno, y de gozar con Vos de la bienaventuranza eterna, Amén.

V. Oh Maria sin pecado concebida.

R. Rogad por nosotras que recurri-
moe á vos.

Ahora se hace la colecta, y se termi-
na la reunión con un cántico etc.

ORACIONES

Per una asociada enferma

Padre nuestro.... Dios te salve....

V. Señor, la que vos amáis está en-
ferma.

R. Yo iré, y la sanaré.

Oración

Dios eterno y todopoderoso, salud
de los que creen y esperan en Vos; es-
cuchad las oraciones que os dirigimos
por vuestra sierva N., que está enferma,
y en cuyo favor imploramos el socorro
de vuestra misericordia, para que, re-
cobrando la salud, os tribute en vuestra
Iglesia fervientes acciones de gracias.
Por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

Por una asociada en la agonía

Padre nuestro.... Dios te salve....

Oración

Mirad, Señor, favorablemente á vues-
tra sierva N. abrumada por los sufri-
mientos de su cuerpo, y dignáos fortifi-

car su alma creada por Vos, á fin de que á la hora de su muerte, purificada de toda mancha, merezca ser presentada por las manos de vuestros santos ángeles á Vos, su Criador. Por Cristo N. S. Así sea.

Por las asociadas difuntas

De lo más profundo clamo á Vos, Señor, oid benignamente mi oración.

Estén atentos vuestros oídos á la voz de mis plegarias.

Si os ponéis, Señor, á examinar nuestras maldades ¿quién podrá subsistir, Señor, en vuestra presencia?

Mas, por cuanto en Vos se halla como de asiento la clemencia, he confiado en Vos según las promesas de vuestra misericordiosa ley.

En la promesa del Señor se ha apoyado nuestra alma, y ha puesto su confianza en el Señor.

Desde el amanecer hasta la noche, espere Israel en el Señor.

Porque en el Señor está la misericordia y en su mano tiene una abundantísima redención.

Y él es quien redimirá á Israel de todas sus iniquidades.

V. Dadles, Señor, el descanso eterno.

R. Y haced lucir sobre ellos vuestra eterna luz.

Oración

Oh Dios, que os complacéis en perdonar y que deseáis la salvación de los hombres, os suplicamos derramáis vuestra misericordia sobre todos los miembros de nuestra Asociación, parientes, amigos y bienhechores difuntos. Haced que asistidos de la intercesión de la bienaventurada Virgen María y de todos los Santos, consigan el verse unidos con tan dulce compañía en la eterna bienaventuranza. Así sea.

V. Que descansen en paz.

R. Así sea.

Por la muerte de una asociada

Oración

Os rogamos Señor por el alma de vuestra sierva N.; tened piedad de ella, pues la habéis libertado de la corrupción de esta vida mortal; dignaos por vuestra bondad admitirla en el descanso eterno. Por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

Acto de protesta y de fidelidad al servicio de Jesús y de Maria para las que abrazan el estado de matrimonio.

Madre Nuestra Amantisima! la Providencia ha señalado á todas sus criaturas su misión en la vida, y es forzoso cumplirla; vengo, pues, hoy á postrarme á vuestros pies para pedir os gracias para llenar, como á la Divina Voluntad place, la que voy á abrazar. Hasta este momento he tenido la dicha de ser contada en el número feliz de vuestras Hijas y de honrarme con tan sagrada divisa; y ahora, Madre mía, no os vengo á decir Adiós, sino á pedir os nuevas y abundantes gracias para llenar cumplidamente la nueva misión que abrazo, y de prometeros que jamás desmentiré con mi voluntad el título de Dama, que me concedes.

Benedicid ¡oh! amada Madre! mi resolución de permanecer fiel en el servicio de Dios, en el cumplimiento de sus mandamientos, en la sumisión á la Santa Iglesia, en la práctica constante de las virtudes cristianas, con la frecuente recepción de los sacramentos de vida y en la tierna y constante devoción hacia Vos ¡Oh dulce Madre!

Dadme también valor y constancia para que me esfuerce en aumentar el número de los servidores de Jesús y vuestros. Y al pedirlos, Madre mía, estas gracias, os las doy yo también humildemente por las que me habéis otorgado hasta aquí, especialmente durante el tiempo que he pertenecido á esta Pía Unión. Para ella ¡oh Santísima Madre! y para todos sus miembros y bienhechores os suplico les alcancéis, del tesoro de la Divina Misericordia, abundantes bendiciones para que prosperen en la virtud, adquieran nuevos méritos y todas podamos un día reunirnos para no separarnos jamás en la Patria Bienaventurada. Así sea.

NOTA: Toda la reunión rezará por la Hija de María que parte, un Acordáos y la oración que se pone á continuación.

Oración á Santa Inés

¡Oh! gloriosa Santa Inés, protectora de las Hijas de María, proteged á esta nuestra hermana, asistidla en sus necesidades é infundidle parte de aquel valor y fortaleza conque vos supisteis despreciar los sentidos y las persecuciones de los impíos, y haced que conservándose se siempre fiel al Señor aquí en la tie-

rra, llegue un día á obtener el premio en el Cielo. Amén.

V ¡Oh! María concebida sin pecado.

R Rogad por nosotros que recurrimos á vos.

V Santa Inés,

R Rogad por nosotras.

Acto de protesta y de fidelidad al servicio de Jesús y María para las que abrazan el estado religioso.

Heme aquí postrada al pie de vuestro altar ¡oh Dulcísima Madre mía! para daros las más rendidas y afectuosas acciones de gracias, no sólo por todos los maternales favores que me habéis prodigado desde el primer instante de mi existencia, pero más que todo, por los muy especiales con que me habéis acogido bajo vuestro manto, permitiendo que me llame Hija vuestra.

Los dulces lazos que por tal filiación me unían á vuestro amantísimo Hijo, van á estrecharse más y más; yo corro, Madre mía, con el alma colmada de júbilo, á ese incomparable llamado con que me ha distinguido la bondad Divina, y por tanto debo alejarme corporalmenté de esta amada Asociación, voy á abandonar temporalmente á todas las

que unidas por un mismo sentimiento la formábamos ligadas por el vínculo de la caridad mas perfecta que no se destruye ni con la misma muerte, y nos unirá siempre, y juntas nos veremos en la mansión de los Bienaventurados.

Esta súplica la deposito en vuestro maternal corazón, como la última prueba de amor hacia ellas.

Dignáos escucharla, y á mí, la más indigna de entre ellas, fortalecedme, haced que camine con paso firme por el camino de la perfección, que no me arredren los obstáculos que me opongan los enemigos de la salvacion, concededme la Santa Perseverancia, y desde hoy más que nunca guardadme como enteramente vuestra.

Adiós, Madre querida; pero no, que voy á habitar mas cerca de vos. Bendecidme ahora y siempre, bendecid también á todos los que me han encaminado por el sendero de la salvación. bendecid á esta Pía Unión para que produzca siempre dignos frutos de verdad. Así sea.

SEGUNDA PARTE

*Obligaciones de las Hijas de María,
virtudes que deben practicar y fiestas
principales*

CAPÍTULO I

Reglamento de vida de una Hija de María

La lectura de este Reglamento es muy saludable á las Hijas de María, para que puedan conservar todas las prácticas piadosas, y tomar de él los buenos medios de preservación que contiene.

«El que vive de la regla vive de Dios», dice San Gregorio de Niza. «Si queréis hacer algún progreso, añade el piadoso autor de La Imitación, no seáis demasiado libres, y someted todos vuestros sentidos al yugo de la disciplina.»

Mucho pudiéramos añadir á estos testimonios sobre la importancia de observar una vida ordenada, si el asunto no lo revelara por sí mismo. La expe-

riencia sólo prueba suficientemente que si una joven no se traza un método de vida, entrando en al mundo, no tarda mucho en dejarse arrastrar por la disipación de las cosas exteriores, en perder insensiblemente el espíritu de piedad, y aún de hacer un triste naufragio. Y para preservar á las Hijas de María de este funesto resultado, vamos á exponer aquí, sin entrar en largos detalles, sin fijar las horas de los ejercicios, la norma de conducta que puede adaptarse fácilmente á todas las clases y condiciones.

1.º — De lo que debe hacer diariamente una Hija de María

Las principales obligaciones de las Hijas de María, consisten: 1.º En los ejercicios piadosos; 2.º en el trabajo; y 3.º en el descanso y recreo.

Ejercicios piadosos

1.º Para principiar bien el día, la Hija de María debe levantarse habitualmente á una hora fija, la cual debe reglarse conforme á la hora que se acuesta.

2.º La primera acción al despertarse, será la de santiguarse; el primer pensamiento el de ofrecer el día á Jesús por María, y las primeras palabras las de

los santísimos nombres de Jesús, María y José. ¿Qué más es necesario hacer al despertarnos para no soñar aún y seguir distraídas todo el día? Es preciso acostumbrarnos así que despertemos, así que tengamos conocimiento de la vida que nos devuelven, reconcentrarnos en silencio para ofrecer á Dios, y presentarle un corazón y un pensamiento que le pertenecen. Este pensamiento, El es el que lo dá; este corazón, El es quién le hace latir, esta hora y este día es El quién nos la concede. En este momento se presenta en toda su verdad y en toda su fuerza el deber de buscar al Señor, de acercarse á El y devolverle lo que le es debido. Sea lo que quiera, lo que hayáis hecho ayer, sean los tropiezos, penas y dificultades que hoy se os presenten, todo se debe esperar; ya les llegará su hora después; porque lo presente pertenece sólo á Dios. En este sentido habla la Escritura del sacrificio de la mañana. Contempla toda la naturaleza despertándose contigo y ofreciéndose al Creador en su admirable lenguaje; es menester que tu alma haga lo mismo. ¡Dios mío, acéptame que soy vuestra! ¡Señor!... Heme aquí para cumplir vuestra voluntad.

Tenéis una madre que reina en el cielo: invocadla con ternura diciéndola: ¡Oh María concebida sin pecado! rogad por mí; tenedme bajo vuestra tutelar protección. Yo os pertenezco, guardadme siempre.

3.º Mientras se viste con toda la modestia posible, y como á la vista de la immaculada Madre, procurará que su mente no se desvíe de estos pensamientos piadosos para prepararse á la oración y meditación.

4.º *Oración vocal.*—Fuera de una circunstancia urgente é imprevista, hará siempre la oración vocal inmediatamente que se levanta y antes de empezar sus ocupaciones diarias para no exponerse á hacerla con disipación, corriendo y aún á omitirla enteramente.

5.º *Meditación.*—Después de la oración vocal, hará una meditación. Es muy laudable que á ella consagre cotidianamente un cuarto de hora. Sí, no obstante, le fuera imposible disponer de este tiempo, procurará con gran cuidado, de seguir la oración vocal de algunos instantes de reflexión, para consagrar el día al Señor, ponerlo bajo la protección de la bienaventurada Madre, prevenirse contra las faltas en que cae más habi-

tualmente, y tomar alguna buena resolución práctica.

6.º *La Misa.*—Hará cuanto de élla dependa por oír la santa Misa todos los días; no permitiéndoselo las ocupaciones, impetrará á su Angel Custodio que la oiga en nombre suyo y la aplique todas las gracias que alcance. Dado caso que le falte tiempo para hacer su oración y oír Misa, podrá ocuparse durante el santo Sacrificio, del asunto de la oración en unión con nuestro Señor Jesucristo, que por ella se inmola en el altar. De este modo participará á la vez del doble fruto de la Misa y de la oración. Sin embargo, nunca deberá recurrir á este medio sino cuando realmente le falte tiempo, para ejecutar por separado estos dos actos.

7.º *Examen particular.*—Recogera-se un instante hacia la hora del medio día, y durante el trabajo, si no le fuera posible suspenderlo, para examinar como ha pasado la mañana, ver si ha sido fiel á las resoluciones que haya hecho al levantarse, y renovarlas para el resto del día. Si ella dispone de su tiempo, es muy conveniente que elija para ejecutar dichos actos, el momento en que la campana toca el Angelus de medio día,

que rezará fielmente, así como por la mañana y tarde.

8.º *Visita al Santísimo Sacramento, á la Santísima Virgen y Santa Inés.*— Por la tarde escogerá la hora ó el momento más propicio para visitar á Jesús Sacramentado, á la Santísima Virgen y á Santa Inés, procurando no dejar nunca de hacer la Comunión espiritual, pues son innumerables las gracias que recibe nuestra alma por esta práctica piadosa. Sino pudiere ir á la iglesia cumplirá este deber desde su propia habitación.

Si tuviera bastante tiempo rezará un tercio del Rosario ó una sola decena cuando menos. Esta práctica es inviolable entre las Hijas de María, y jamás deben omitirla sin una imposibilidad absoluta. Es menester rezarlo bien, y, al efecto, premunirse contra la rutina, que fácilmente se desliza en la repetición de la misma oración. Para cortar este escollo, es preciso proponerse alcanzar una gracia, y meditar alternativamente los quince misterios gozosos, dolorosos y gloriosos del Rosario.

9.º *Lectura piadosa.*— Cuando los deberes de obligación lo permitan, la Hija de María hará todos los días sin falta, una lectura espiritual en un libro

de devoción ó en la «Imitación de Nuestro Señor Jesucristo.» Las que no pueden hacerlo cotidianamente, la harán siempre todos los domingos y fiestas, sin excepción.

10.º *Oración y examen general.*— Terminará el día con las oraciones de la noche y con el exámen de las faltas cometidas en él.

11.º La hora de acostarse será exacta, así como la de levantarse, y se conducirá en ella con igual modestia; procurará dormirse pensando en Dios y en la Virgen, y especialmente en la muerte, cuya imagen es el sueño.

Aunque estos diversos ejercicios son importantísimos, y todas las Hijas de María deben cumplirlos con fidelidad; y como hay unos mas esenciales que otros, elegirán los mas importantes, cuando no pueden hacerlos todos. Estos ejercicios son, después de las oraciones de mañana y noche, la meditación ó cortas reflexiones que la suplen, y el examen particular y general de conciencia. La Hija de María conservará por medio de su fidelidad en el cumplimiento de dichos ejercicios. el espíritu de fe y de piedad, que siempre deben animarla.

Trabajo

La Hija de María no ha de mirar el trabajo como una carga pesada de la cual procure desembarazarse lo antes que pueda. Animada de pensamientos de fe lo mirará como un castigo saludable, impuesto á nuestros primeros padres y á toda su posteridad en expiación del pecado.

Traerá á la memoria frecuentemente esta sentencia del Señor:

Comerás el pan con el sudor de tu rostro; lo cual se ejecuta en todos los hombres, sea cualquiera la posición que ocupen.

Aceptará voluntariamente el trabajo que le ha tocado, con espíritu de penitencia, y el cual santificará ofreciéndolo á Dios en expiación de los propios pecados para ganar el cielo. Así considerado, en vez de rebajar al cristiano lo ennoblece, pues que le enseña á elevarse á la gloria del cielo, que es la única gloria verdadera. Efectivamente, muchos santos han conseguido la corona de la gloria por el trabajo de sus manos, hecho en condiciones muy humildes. Algunos hasta han elegido con preferencia estas condiciones inferiores, á

la elevada posición en que habían nacido para santificarse con mayor mérito y seguridad. Nuestro divino Salvador, Señor supremo de todos los bienes de la tierra, ¿no ha preferido este estado para sí, para su Santísima Madre y San José, y ganar el sustento trabajando con sus divinas manos? Sostenida por estos sublimes ejemplos, la Hija de María combatirá el orgullo y la indolencia de la naturaleza corrompida, para cumplir los deberes de su condición con la exactitud, diligencia y cuidado de que sea capaz, ora que trabaje para sí misma, ora para los demás, porque siendo menester despojarse de todo fin humano y hacerlo todo según el espíritu de fé, siempre trabaja por Dios, para ganar el cielo.

Resta decir una palabra á las Hijas de María á quienes el trabajo no fuera un medio necesario de subsistencia. Sea cual fuere vuestro rango ó bienes de fortuna, debéis mirar siempre el trabajo, no solamente como útil para libraros del ocio que conduce al vicio, sino también como un medio para la adquisición de la virtud.

No os expongáis pues, al peligro de que el enemigo os encuentre ociosas.

Si no tenéis necesidad de dedicaros al trabajo para vosotras mismas ó para vuestras familias, consagraadlo en beneficio de nuestros prójimos necesitados, y ocupáos siempre en alguna labor propia de vuestro sexo, lo cual es muy honroso para todas las condiciones. Sois Hijas de María, mirad pues, á vuestra Madre, Princesa en la tierra por la nobleza de sus antepasados y Reina de los Cielos, que jamás desdeñó el trabajo, y si debéis estudiar é imitar sus virtudes, no descuidéis ésta que es una de las más esenciales con la cual alcanzaréis los muchos bienes que redundan de su práctica.

Hablando del trabajo, no debemos omitir de premunir á las Hijas de María del desorden escandaloso, por desgracia demasiado frecuente en nuestros días, especialmente en ciertas regiones donde la fé se ha debilitado, por no decir perdido, en las masas del pueblo. Nos referiremos al trabajo del Domingo, severísimamente prohibido por el Señor, y castigado muchas veces con espantosos castigos. Pues bien, recomendamos con instancia á las Hijas de María, que por ninguna consideración dejen de mostrarse en el mundo obser-

vantes escrupulosas de la sagrada ley del descanso y santificación del Domingo y fiestas, cuidando de no dejarse arrastrar por los malos ni seducir por los falsos pretextos que se aleguen para justificar tan deplorable transgresión de la ley del Señor.

Prohibirásé rigurosamente toda especie de trabajo manual fuera de los del menaje, ó que no sea justificado por la práctica de las personas piadosas, en todo el día del Domingo, esto es, después de la media noche del sábado hasta la misma hora del Domingo é igualmente en los demás días festivos. Ellas saben perfectamente que ocuparse en un trabajo manual de muchas horas, fuera del caso de una necesidad urgente y bien probada, es hacerse gravemente culpable delante de Dios y provocar sobre sí la divina maldición. Y aún en caso de necesidad es necesario, á fin de evitar equivocación, consultarlo antes con el señor cura ó con el confesor, y no hacerlo en público, para no ser causa del mal ejemplo, pues no á todos les consta la necesidad que tenéis.

Descanso

El descanso y recreo son necesarios para aliviar la debilidad de nuestra naturaleza; mas sólo debe usarse para hacerse mas apto al trabajo y cumplimiento de los deberes de su estado. Tal ha de ser la regla de conducta de una Hija de María, quien comprendiendo el valor del tiempo que le ha sido comprado al infinito precio de la sangre de Dios, debe ser muy económica de él. No se dejará por tanto llevar de una mal entendida costumbre que perturbando el orden establecido por el Autor de la naturaleza que ha señalado el día para el trabajo y la noche para el descanso, malgasta una gran parte de ésta, dando por resultado la pérdida de las mas preciosas horas del día y no pocas veces con detrimento de la salud corporal, y mucho más de la espiritual. La Hija de María huirá, pues, cuidadosamente todos estos extremos.

Sueño

Solamente se destinará al sueño el tiempo necesario. El lecho debilita la virtud é inclina al vicio, y la persona que prolonga el sueño más de lo razo-

nable, presta armas terribles á la concupiscencia de la carne y se arriesga á combates peligrosos. La Hija de María ofrecerá cotidianamente á Dios, antes de acostarse, el sueño que vá á tomar, y se dormirá meditando algún pensamiento saludable, para no perder enteramente un tiempo tan considerable, que ocupa casi la tercera parte de la vida.

Ocasiones y Diversiones Peligrosas

Hijas de María, si tenéis verdaderos deseos de salvar vuestra alma, tened siempre presente la sentencia del Espíritu Santo, que dice: «quien ama el peligro en él perecerá.» Huid, pues, de las ocasiones y diversos peligros de pecar como de un animal feroz y salvaje.

Aquí os señalaremos brevemente algunos de aquellos que una jóven convertida, refiere en una carta á sus amigas.

1.º *Conversaciones.*—Hay en las conversaciones tantas ocasiones de pecar, que el Apóstol Santiago no duda en decir: «que quién hablando no peca, es un varón perfecto.» Debéis por lo tanto vosotras, oh Hijas de María, vigilar atentamente sobre vuestras conversa-

ciones para evitar estos peligros. Vuestra conversación debe ser siempre edificante, y para ello evitad con cuidado en el hablar, los siguientes defectos: 1.º La ligereza y la disipación tan fáciles de introducirse en las conversaciones largas é inútiles; guardáos pues del prurito de hablar y procurad poner freno á vuestra lengua, no hablando sino poco y modestamente. 2.º El espíritu de disputa y de contradicción que desune los corazones y altera la caridad. 3.º Las chanzas intempestivas y las palabras mordaces y humillantes. 4.º La maledicencia y la curiosidad de saber y de referir cosas contrarias al prójimo y poner de manifiesto sus defectos; es éste un vicio muy muy común aún entre aquellas personas que se llaman piadosas; de lo que ni se hacen casi escrupulo. 5.º Evitad toda palabra que aún remotamente pueda deslucir la pureza. Procurad por último, ¡oh, buenas Hijas de María, evitar las conversaciones con personas que no tienen temor de Dios. En las conversaciones custodiad siempre las afecciones del corazón, sobre todo, con las personas de diferente sexo.

2.º *Compañías y amistades.*—Viviendo en el mundo no es indiferente la

elección de las amigas y de las personas que hay que frecuentar. Depende, por lo tanto, de ésto, la buena ó mala conducta de una Hija de María: «Dime con quien andas (dice el proverbio) y te diré quien eres.» Si vosotras sois cautas y prudentes en no frecuentar sino compañeras que sean verdaderamente cristianas y devotas, perseveraréis en los buenos principios. Si por el contrario tuviéreis relaciones demasiado íntimas con personas mundanas, en poco tiempo os asemejaréis á ellas. Huid, pues, ante todo, de toda familiaridad con personas de diferente sexo, y también de las amistades demasiado íntimas con vuestros iguales, como también de todas las malas compañías, es decir, de aquellas que con malos consejos y con burlas tratan de alejaros del bien, de la asistencia á la Iglesia, de vuestros deberes, y que os conducirán á llevar una vida disipada y mundana. Quien tiene una mala compañera, no tiene necesidad de demonio para ser tentada. Nunca serán demasiado vuestros cuidados en la elección de las amigas y no os acompañéis sino con muy pocas jóvenes de vuestra edad y escogedlas entre las más devotas y edificantes.

3.º *Huida del mundo.*—A más del ocio debemos indicar á una joven otros peligros que debe evitar con diligencia en sus recreaciones y diversiones. El primero es el amor al mundo. Habiéndoo, oh hijas de María, solemnemente propuesto llevar una vida devota y fervorosa hasta la muerte, evitad el trato frecuente con el gran mundo, para no ser llevada á la disipación, enemiga jurada de la piedad y fervor. Con el pretexto de recrearos de tiempo en tiempo, cuidad de no dejaros encaminar á la frecuencia de diversiones mundanas. El más pequeño daño que reportaríais de ésto sería llenar el corazón de frívolas vanidades, perder el gusto á las prácticas devotas y caer en la tibieza. Evitad en cuanto sea posible las conversaciones sociales y más todavía huid los espectáculos en los que raras veces la virtud queda intacta. A más, formad en vuestro interior como una celda de la que no saldríais sino por motivos de caridad; allí gustaréis la dulzura inefable de la soledad y del recogimiento. Así practicaréis el consejo del grande Apóstol: «Vivir en el mundo como si no se estuviera en él.»

4.º *Lecturas.* — La lectura es en

tretenimiento muy útil; pero que podría hacerse muy funesto á la juventud si los libros no se escogieran con la más escrupulosa atención. Los libros de piedad, instructivos ó morales pueden causar gran provecho, pero, pobre de vosotras ¡oh Hijas de María, si os dejáis atraer de los libros malos ó solamente peligrosos! En nuestros días, en los que desgraciadamente tales libros son demasiado comunes, particularmente las novelas, cuya mayoría aparece con el título de morales ó simplemente recreativas, mas, en el fondo encierran el veneno, y por consiguiente, la ruina segura de la imprudente juventud.

Además hay que enumerar tantas historias, narraciones y romances en que se hallan mezcladas historias de virtudes y males. Y la mayor parte de los diarios á los que puede justamente aplicarse aquel dicho de San Francisco de Sales, que «los mejores no valen nada.» El camino más seguro para no exponeros á leer libros nocivos es no leer nunca sin permiso del Director ó Confesor.

5.^o *Los Bailes.*—Las Hijas de María «han de huir de los bailes, aunque honestos, pues acaban por disipar el espí-

ritu religioso y piadoso, y engendran un espíritu enteramente mundano, y hasta puede decirse, pagano.

A los bailes se vá á lucir, á competir y sobre salir: de esto necesariamente resultan celos, murmuraciones, sátiras, burlas y rivalidades que ponen en choque personas y aún familias.

En un baile siempre quedan olvidadas muchas que creían deber ser de las primeras: de aquí resultan resentimientos muy difíciles de olvidarse porque son ofensas al amor propio que es tan celoso en defender lo que se imagina corresponderle.

Es también muy común que después de un baile, se quedan con un cierto fastidio interior; que aún consigo misma están de mal humor, y hasta con su familia; lo cual perjudica mucho al orden social y á las atenciones domésticas, además de la agitación en que se pone una casa hasta que llega la hora del baile.

Obsérvese por último, que las personas aficionadas á los bailes, por lo regular son llenas de notas muy feas en su conducta, las que han de evitar, por todos los medios posibles, las Hijas de María. »

Tened en cuenta ¡oh Hijas de María!

que el baile es para muchas jóvenes, la tumba del pudor, el teatro de toda vanidad, el triunfo de las pasiones, y un conjunto de toda clase de tentaciones. Cuidad pues de no pertenecer nunca al número de estas jóvenes infelices.

6.º *Los teatros.*—Dícese comunmente que el teatro es la escuela de las costumbres. Los santos, por el contrario lo han mirado como una escuela en donde se aprende la inmoralidad. ¿Y no es verdad que el teatro invita al lujo, á la vanidad, á la molicie, á la incontinencia? ¿No es verdad también que la joven que vá ordinariamente al teatro, sale de él, por lo general con la mente y el corazón lleno de ideas falsas, de sentimientos y fantasmas mundanos é indecentes? ¡Oh cuantas jóvenes vuelven del teatro con el alma manchada con el pecado!

7.º *El lujo.*—Creemos necesario decir algunas palabras sobre este asunto. Hijas de María, recordad que al consagraros al servicio de la más pura y modesta entre las Vírgenes, os habeis obligado á renunciar á toda vanidad en el vestido: debiéndoos arreglar según vuestra posición, hacedlo con decencia; de manera sencilla y sin lujo, dando así

á conocer que más os interesa agradar á Dios que á las criaturas. Mirad, pues, con horror toda moda que no respete las reglas de la modestia. Una joven vanidosa ó es mala ó de pensamiento ligero. «Separa tus ojos de la joven pomposamente vestida,» dice el Espíritu Santo. Y Santo Tomás advierte que el adorno en el traje sólo es virtuoso cuando está proporcionado á la posición y estado de cada una.

Evitad, pues, no sólo los trajes inmodestos, sino también lo que se aproxima á la vanidad, ligereza ó ambición. Y si para contentar á vuestros padres ó por las exigencias de vuestra posición, debéis seguir la moda, procurad seguirla lo menos que sea posible, manteniendo siempre desprendido de la vanidad vuestro corazón. Santa Isabel Reina de Hungría, cuando tenía que presentarse ataviada con sus trajes reales, ocultaba debajo de estos ricos vestidos, ásperos cilicios. No uséis, oh Hijas de la Inmaculada, del espejo por vanidad, sino solamente por necesidad, sea vuestro espejo Jesús crucificado. Santa Rosalía vió en el espejo á Jesús crucificado que le mostraba con semblante severo su corona de espinas como reproche al dema-

siado cuidado que tenía en hermosear sus cabellos, Rosalía enrojeció de vergüenza, rompió el espejo, y desde aquel momento fué toda de Jesús.

8.º *Respetos humanos.*—El mundo quiere hablar á su gusto y vosotras dejadlo que hable. El mundo no sabe apreciar la virtud de los buenos, y ve en la conducta de ellos un continuo reproche á sus depravaciones. Si fuéscis del mundo (dice el Divino Salvador) amaría él lo que es suyo; pero porque no sois del mundo él os odia. Valor, pues, seguid la vida devota y procurad no dejaros llevar de la vergüenza y del respeto humano en el obrar bien. Sed francas en manifestar el bien aunque debiérais servir de risa, y mostráos generosas en omitir lo que conocéis que es malo. La ley de Dios debe ser la norma de vuestra vida, no ya el capricho de los malos. Quien cede á las burlas sus propios deberes, ó es loco ó es vil. El respeto humano debajo los pies, era la máxima de Santa Catalina de Génova.

9.º *Adulaciones.*—Las jóvenes por su sexo, por su edad, están muy inclinadas á la vanidad y á llamar la atención. El mundo se vale de esta debilidad para hacerlas caer en sus redes con

sus adulaciones, lisonjeando de todos modos su amor propio, ahora sus acciones, ahora su espíritu alegre, y á veces hasta sus defectos. Cerrad, oh buenas Hijas de María, vuestros oídos á estas engañosas voces y si os encontráis alguna vez en estas ocasiones, no déis oídos á estas lisonjeras seducciones. Si en vosotras encontráis alguna cosa de bueno, volvéos al Creador, dadle gracias á él solo, y ofrecedle el honor y la gloria.

De lo que una Hija de María debe hacer todas las semanas.

1.º Muchos santos con el fin de santificar las semanas tomaban la costumbre de consagrar cada día á una devoción particular.

El Domingo lo consagraban á la augusta é inefable Trinidad, el lunes al Espíritu Santo, el martes al Angel custodio, el miércoles á San José, el jueves al Santísimo Sacramento, el viernes al Sagrado Corazón y á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, el sábado á la Santísima é Inmaculada Virgen María. De esta práctica podréis sacar una ventaja muy provechosa proponiéndoos en cada día según el objeto á que lo habéis consagrado, practicar una virtud

especial, como sería una obediencia más fervorosa, ó bien guardaros de cometer aquellas faltas en que incurris con más frecuencia, por ejemplo la curiosidad, la pereza, la disipación, las mentiras, los enfados y este método bien practicado produce excelentes y abundantes frutos, mantiene y enfervoriza la piedad fijándole cotidianamente un objeto determinado y la preserva de la rutina variándolo de veinticuatro en veinticuatro horas.

2.º Sería muy laudable tuviesen la piadosa costumbre de confesarse cada ocho ó quince días, siempre que su posición se lo permitiera. Pero no dejarán por lo menos de hacerlo cada mes. Al efecto se prepararán con suma atención á tan importante acto ocupando todo el tiempo necesario para examinar la conciencia, y excitarse á la contrición de las faltas. Un medio eficaz para sacar fruto de las confesiones es sin duda proponerse en cada una la enmienda de un defecto perfectamente especificado, como por ejemplo, el pecado que más fácilmente habéis cometido durante el mes ó la quincena.

Antes de confesarse, leerán atentamente este reglamento de vida.

Respecto á la sagrada comunión seguirá los consejos del confesor, procurando sin embargo, hacerse digna de acercarse con frecuencia á la Mesa Eucarística, acordándose que en ella únicamente encontrará con abundancia el alimento sólido para fortificar su alma, el remedio saludable á todas sus enfermedades y las armas invencibles para triunfar del mundo, del demonio y de la carne.

3.º Los domingos y fiestas, además de rezar el oficio de la Inmaculada Concepción, será exacta á la asistencia de la Santa Misa. El reconocimiento y natural modestia que allí observe deben ser motivos de edificación para los demás fieles. Siempre evitará con gran cuidado hablar en la iglesia, y volver la cabeza para satisfacer pueriles curiosidades, y sobre todo reír y disiparse.

Lo que una hija de María debe hacer todos los meses.

1.º A ejemplo de muchos santos, y conforme con la práctica de las personas piadosas, la Hija de María invocará cotidianamente con gran fervor el santo que le haya cabido en suerte en el sorteo mensual, é impetrará los auxilios

divinos para imitar las virtudes en que ha sobresalido.

2.º Hará mensualmente con exactitud la práctica piadosa de preparación á la muerte.

3.º Renovará fielmente todos los meses en unión con sus compañeras la consagración que tiene hecha á la siempre Virgen María.

Será fiel á la asistencia de las reuniones de la Pía Unión. La comunión mensual la hará en unión con las demás asociadas el día señalado; si un grave motivo se lo impidiera lo participará á la Directora y solamente en este caso la transferirá á otro día, de modo que no pase el mes sin hacerla á menudo.

CAPÍTULO II

De las virtudes más esenciales á las Hijas de María

1.º *Piedad*

El reglamento de vida que precede fuera inútil á las Hijas de María, si no poseyesen las virtudes esenciales que deben distinguirlas, ó si no hiciesen cuanto de ellas dependa para adquirirlas.

Efectivamente, como ya hemos teni.

do ocasión de decirlo el exterior es el reflejo de lo que pasa en el alma, y una vida muy arreglada por fuera, pero llena da agitación y sin unión con Jesús y María, en el interior, sería una vida inútil, un clarín sonoro, según la expresión de San Pablo, que no glorificará al Criador ni á la Madre Celestial.

¿De qué utilidad sería un reloj, cuyo mecanismo malo ó gastado no pudiera producir un movimiento constante y regular, aunque se le arreglase cuidadosamente muchas veces al día? Este reloj inexacto, y siempre parándose, ningún servicio puede prestar, y su dueño, vista su mala ley, lo echará fuera de la casa por inútil.

La Hija de María que no es piadosa, ni procura agradar á Jesús y María y que de ellos no toma todo el valor, fuerza y energía que necesita, jamás progresará en la virtud. Es un ser incapaz, un instrumento inservible que puede asimilarse á la higuera estéril de la parábola, al servidor perezoso del Evangelio, arrojado á las tinieblas exteriores.

Este capítulo: De las virtudes más esenciales á las Hija de María, se hubiera podido titular: De la virtud más esencial, y aún la sola esencial, porque de

ella emanan todas las demás, se quiere pues hablar de la verdadera y sólida piedad: del verdadero amor.

Parémonos un instante para considerar lo que sucede en el mundo. Si una hija ama tiernamente á su madre, vivirá siempre sobre sí, temerosa de ofenderla, buscará constantemente lo que pueda satisfacerla, y se ingeniará por evitarle toda suerte de descontento y pena. Por agradarle nada le parecerá costoso, pues cifra toda su dicha en amarla y probarle su intenso amor.

Elevemos ahora la vista y el pensamiento, y apliquemos al orden divino y celestial, lo que acabamos de exponer, respecto del cariño que esta hija tiene á su madre.

Si en lugar de estos seres criados, dignos por cierto de respeto y cariñosa atención, pero sin sombra de duda infinitamente inferiores á Dios Criador, la joven toma por objeto de sus pensamientos y ternura á Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Redentor Nuestro, y á su Madre Santísima, la siempre Virge Inmaculada María; en este caso se ve en la indispensable obligación de adquirir todas las virtudes cristianas.

El amor, esta necesidad imperiosa que

sintiera su alma de agradar en todas al divino objeto de su culto, le haría no solamente cumplir fiel y amorosamente los mandamientos de Dios, sino que también se haría violencia para observar, con el auxilio de la gracia, este consejo evangélico: Sed perfecto como vuestro Padre celestial es perfecto; y decir con los santos: ¡Dios mío! dadme la virtud para obedeceros, y en seguida mandadme lo que Vos queráis que haga. El amor de Dios, ó la verdadera piedad discretamente comprendida y practicada, es la base sólida y esencial, sobre la cual la Hija de María debe basar su perfección, pues que él es la fuente inagotable de donde, procede y la condición absoluta de la perseverancia en ella.

Rogad á Dios con todo vuestro corazón, Hijas de María, que ningún miembro de la Pía Unión deje de trabajar por conseguir la vida interior, esto es, un grado más elevado que la piedad común, ordinaria á todos los cristianos. Lo nobleza obliga, dice el proverbio, esto es verdad, porque así como una princesa debe ser más instruída, elegante y lujosa que una humilde obrera, la Hija de María, que pertenece á la Madre del amor hermoso, debe ser con mayor ra-

zón más instruída y adornada interiormente, que la cristiana común, que aún no tiene la dicha de pertenecer á esta Madre, siempre Virgen inmaculada, de una manera tan especial.

Este amor á la virtud que ha de distingueros, y hacer mayor vuestra unión con la Reina de las vírgenes, quien desde su Concepción inmaculada lo ha poseído en grado más eminente que todos los ángeles y santos juntos, ¿dónde lo adquiriréis, sino en vuestra unión con el espíritu de Dios que solamente santifica? Por esta unión ha sido María Santísima inmaculada en su Concepción y existencia, y vosotras por este medio alcanzaréis la pureza relativa que necesitáis, para estrechar más y más los lazos que os unen á la soberana Reina.

Contemplad vuestras almas redimidas, regeneradas y hechas el tabernáculo del Espíritu Santo, desde que Nuestro Redentor y Señor Jesucristo tomó posesión de ellas; medita la profundidad de vuestra desgracia por haber faltado, al menos muchas de vosotras, á la gracia santificante, cuya abundancia había inundado vuestros corazones de santo amor; y después de haber

llorado y condolidos de tan fea ingratitude, levantad la vista y ved ¡cuán bueno es el Señor! El repara vuestras ruinas, os devuelve vuestra pureza y os restablece en la gracia por el sacramento de la penitencia. Su presencia sacramental viene en seguida á purificar vuestro débil y pobre corazón, fortaleciéndole contra las tentaciones que le asaltan. ¡Oh prodigio de misericordia! ¡Oh milagro de la gracia! ¡Cuán sublime y profundo no debe ser vuestro reconocimiento por tan inefables dones! ¿Qué, volveréis al Señor por los bienes que os ha hecho? Tomad el cáliz de salvación é invocad su santo Nombre, cantando sus alabanzas. Esto es, sed vosotras mismas una hostia de amor, un perfume de virtud que suba al cielo. Sois realmente el cáliz del Señor, supuesto que recibís el divino cuerpo y sacrosanta sangre de Nuestro Señor Jesucristo sacramentado, por cuyo medio os hacéis dignas de cantar su gloria, si lo honráis con vuestras virtudes; por las virtudes que Nuestro Señor Jesucristo obró en la tierra, y de todas las cuales la divina Madre es la perfectísima copia. Estas virtudes se os presentarán por sí mismas si procuráis acrecentar vuestro

amor á Jesús y María, y alejaros presurosamente de cuanto pueda escandalizaros y apartáros de vuestros deberes.

2.º *Humildad*

Sed humilde como Nuestro Señor Jesucristo, que jamás se elevó, buscó ni admitió elogios ni hizo tantas obras maravillosas por vanagloria personal Constantemente atribuía á su Padre Eterno el honor de los milagros y la sabiduría de sus predicaciones, diciendo: Vos no habéis querido los sacrificios y los holocaustos; pero me habéis formado un cuerpo; yo vengo para hacer vuestra voluntad. Jesús amaba el último lugar, las humillaciones y el desprecio; buscaba la vida obscura y las ocupaciones humildes, y sirvió á María y José en un pobre taller durante treinta años; ¡y Jesús es nuestro Dios y Señor!...

Y vosotras, Hijas de María, que sois criaturas pobres y desvalidas, y que si no vivís con irreflexión y ligereza como las hijas del mundo, pecáis muchas veces, ¿osaréis vanagloriaros de algo, á vista de los infinitos anonadamientos del Verbo de Dios, mayormente cuando os dice: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón: Bienaventurados

los humildes; cuando declara que el reino de los cielos es para los sencillos y humildes, que se parezcan á los niños, y que los primeros entre los suyos deben considerarse como los últimos en todo?

Y si de estos ejemplos del adorable Salvador y Señor Nuestro, dirigís la vista á la vida y obras de la Inmaculada Madre, ¿qué veréis que no os cause santa admiración y deseos santos? Una larga vida enteramente oculta en Dios, setenta años, pasados en la tierra, en la obscuridad más completa, retirada de la sociedad, lejos de la mirada de los hombres, de que siempre huía; humilde y oculta en el templo, humilde y pobre en el establo y en Egipto; humilde y humillada durante la vida pública de Jesús; humilde y desolada al pie de la cruz, humilde y solitaria después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo divino. Humilde siempre, y siempre más y más humilde; la virtud de la humildad parece que solamente aclamaba cuando respondió á Santa Isabel que la exaltaba: El Señor ha mirado la humildad y bajeza de su esclava y en adelante me llamarán Bienaventurada todas las generaciones!

Para agradar á Jesús nuestro Salva-

dor y divino Maestro, y asemejarse á la Santísima Virgen y Madre inmaculada, la Hija de María será humilde, y se complacerá en las pruebas que le sobrevengan, como las reprensiones y palabras duras y ofensivas, que en ocasiones dadas se las dirigieran; y si tiene alguna posición en el mundo, las desatenciones de los criados domésticos, la privación de ellos; y por el contrario si se encuentra en una esfera de menos apariencias, las ocupaciones bajas ó humillantes, un cambio de fortuna ó de posición, los desprecios ó las ingraticudes, las mismas burlas con que los insensatos pusieran á prueba su virtud, y en fin todas las contrariedades de la vida, las conservará en su corazón como perlas preciosas, con las cuales tejerá una corona para ofrecerla á Nuestro Señor, por las virginales manos de su Madre inmaculada.

Estará siempre sobre sí para no ser dominada por impaciencias y nimias susceptibilidades de amor propio, que turban la paz del alma y la hacen desagradable á Nuestro Señor que quiere hacer de ella su morada.

Jamás buscará alabanzas por sus buenas cualidades y acciones; y si á pesar

suyo se las dirigieran, las ofrecerá al Señor, porque de Dios es lo mucho ó poco bueno que en nosotros se encuentra; tendráse y aparecerá como la menor de todas; se hará casi olvidar de las criaturas para crecer á los ojos de Dios, y tener mas libertad, tiempo y facilidad para estrechar mas y más la unión con el Divino Esposo de nuestras almas, objeto único y esencial á que deben tender todas las palabras, obras y pensamientos de la Hija de María, verdaderamente digna de este augusto nombre.

3.º *Sencillez*

Una noble sencillez será también su herencia. La Hija de María no ha de tener más que un fin, un deseo, el de agradar á Dios en todas las cosas: sencilla de corazón, amando solamente á Dios y lo que Dios ama por amor de Dios; sencilla al exterior, sus acciones, su porte, sus palabras, sus conversaciones, todo ha de respirar sencillez; la doblez, la ficción, ó la simulación jamás han de tener parte en su corazón, ni han de aparecer en su conducta ó en su traje, repeliendo todo cuanto puede revelar vanidad, afectación y pretensiones en el modo de vestirse, en sus maneras

y en todo lo que es de es persona y á ella se refiera.

La sencillez y humildad son dos hermanas inseparables que recíprocamente se conservan, son las dos primeras virtudes, que el amor de Dios y de su Madre Inmaculada engendran y desarrollan en el corazón de sus fieles hijos.

4.º *Obediencia*

A las dos precedentes virtudes asociarán la de la obediencia, pues viviendo habitualmente unidas con Jesús y María, la voluntad de las Hijas de María debe estar tan sometida y amalgamada con la de la Majestad Divina que jamás han de tener ni aún la veleidad de resistir con conocimiento de causa ó reflexión, á la santa voluntad de Dios respecto á ellas, cualquiera que sea la voz que el Señor elija para anunciársela.

La primera de todas las obediencias que el mismo Señor os prescribe, es el cumplimiento de su divina Ley y de los preceptos de la Iglesia, de cuya observancia depende toda la felicidad temporal y eterna; guardadla pues inviolablemente toda vuestra vida, y considerad por la mayor de todas las desgracias, si tenéis la desdicha de quebrantar-

la en lo más mínimo. En esa misma ley sagrada encontrais los deberes que tenéis para con vuestros padres; no solamente les debéis las atenciones de la buena crianza y de la gratitud, sino que también estáis estrictamente obligadas á obedecerles, á atender sus consejos y á respetarlos.

Nuestro Señor Jesucristo ha sido obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Repitiendo con frecuencia estas palabras, las Hijas de María se fortificarán contra la rebelión de la naturaleza y la que el amor propio y natural susceptibilidad les suscite, y consolidarán de una manera inquebrantable el deseo de someterse, y renunciarse en todo, persuadidas de que obrando así, cumplirán la santísima voluntad de Dios.

Nada hace más libre á una alma que el hábito de la obediencia, ya no se siente perpleja; tiene siempre las armas bien aceradas y dispuestas para resistir y vencer la tentación; y al abrigo de esta virtud, que entraña tantos beneficios y ventajas, bajo apariencias rígidas, está segura de personarse de las ilusiones y de nunca jamás errar.

5.º *Pureza*

Parece superfluo el recomendar á las Hijas de María la santa y bellísima virtud de la pureza, amada por su límpido y refulgente resplandor, y con sobrada razón llamaba la amabilísima virtud, la excelente virtud. Efectivamente, ¿que jóven puede apellidarse Hija de María sin practicarla? Esto al parecer no es posible, en esta creencia pensabamos pasarlo en silencio; ó no decir más que algunas breves palabras sobre ella. Así lo hiciéramos, si conociésemos menos la pobre naturaleza humana tan enferma débil é inclinada al mal, desde la triste caída que la ha postrado y corrompido; empero, sabiendo que el espíritu está pronto y la carne débil, insistiremos vivamente sobre la necesidad que tienen las Hijas de María de amar la Pureza, como la Virgen de las vírgenes la ama.

El amor de Dios y de su Madre Santísima engendra en las almas inclinación y amor á la pureza. Dios es esencialmente purísimo; ninguna alteración ni mancha puede existir en aquel que es la fuente, infinitamente inmensa de todas las perfecciones; y María destinada desde la eternidad para Madre del Ver-

bo eterno, preservada de la culpa original, pura é inmaculada desde su limpi-sima y milagrosa Concepción, jamás conoció la enfermedad del pecado. Pues bien, la jóven que quiere agradarles, vivir de su vida é imitarles, ha de tener santo y profundo horror á todo lo que pueda empañar la blancura de su alma regenerada, y guardar la fidelidad mas inviolable á este mandamiento.

Sin embargo, no lo conseguirá sin heróicos esfuerzos y rudísimos combates. Es una perla preciosa, que es menester guardar; un jardín cerrado que es preciso defender: una fuente sellada, cuyo acceso ha de prohibirse vigilantemente. Hay algunas jóvenes de una naturaleza privilegiada, que parecen envueltas en la misma inocencia; al verlas créese que Nuestro Señor Jesucristo les ha comunicado algo de la amabilísima y bella pureza de la augusta Madre. Nada malo saben, sienten repulsión é invencible repugnancia hasta á esas palabras, imágenes y pensamientos que aún remotamente pueden herir en lo mas mínimo esta virtud, que aman como por instinto.

Estas criaturas dichosas, privilegiadas, electas por la diestra del Altísimo

para su deliciosa morada, deben reflexionar detenidamente, cuán grande es la obligación que tienen de tributar rendidas y constantes gracias al Señor y á su divina Madre por el don inestimable que han recibido de la bondad de Dios, y el cual las hace partícipes de la naturaleza angélica, y les da suma facilidad para practicar el bien.

Con todo, no deben desalentarse las Hijas de María, sino tienen esta grandiosa herencia; el Apóstol de las gentes ha sentido fuertemente el aguijón del pecado; ha experimentado y combatido todo género y especie de rudas tentaciones, pero, victorioso en todas las luchas contra el demonio y la carne, ha conseguido una corona más resplandeciente, y un asiento más elevado en los cielos.

Vigilad y refrenad vuestros sentidos, vuestro espíritu y corazón, y si los ejemplos perniciosos os han herido, desterradlos de la memoria para que no vuelvan á ofenderos.

Y si desgraciadamente hubiéseis caído en el pecado, humilláos á los pies de Dios y purificadas por una buena y contrita confesión, levantaos con nuevo valor y no os acobardéis, supuesto que

expelido el veneno, ya no puede dañaros.

Tened siempre fijo en la memoria, que un vaso roto y hábilmente compuesto, aunque ha recobrado la belleza primitiva, exige, no obstante, más precauciones y cuidados que antes de la caída por causa de su mayor fragilidad. Así, redoblad vuestra vigilancia, suplicad á Nuestra Señora y Soberana Reina que os guarden, y con su poderosa protección, os mantendréis en la fidelidad que ella exige de sus hijos.

6.º Caridad

Según queda expuesto, la Hija de María, digna de este título, ha de ser devota, esto es, ha de amar y servir á Dios y á la Bienaventurada Madre con el alma y corazón, con todas sus potencias y facultades. De este amor emanan la humildad, la sencillez, la obediencia y la pureza, como de natural, deliciosa é inagotable fuente. Siendo esta una verdad incontestable, ¿que se diría de una jóven que teniendo estas virtudes, ó cuando menos las apariencias de ellas no fuera buena, condescendiente y benéfica con todos, que no estuviera siempre dispuesta á prestar un

servicio, y aún si fuese necesario á sacrificarse por el prójimo? diríase que le faltaba caridad si careciera de estas condiciones; y por cierto que este reproche lo merecía justamente. El mas ínfimo de los cristianos sabe que para vivir de la vida de Jesús, imitando á nuestra Señora, preciso es conocer y practicar los mandamientos, y es mandamiento del Señor, este amaos los unos á los otros.

¿Y con qué amor Nuestro Señor Jesucristo ha amado á los hombres? Hasta con el de la propia inmólación y sacrificio: ha buscado y sufrido las humillaciones, los dolores, las afrentas y la muerte ignominiosa de la Cruz por rescatarlos y obrar su salvación. Y en vez de huirlos, el Señor mismo ha dado permiso á los tormentos y á la muerte para ejercer su obra sobre el cuerpo de la divina Majestad, sin cuyo permiso jamás hubieran podido nada contra El. Considerad ahora en cuanto al hombre es dado comprender, la inmensidad del amor que Jesús nos tiene, y si nos ha rehusado la doctrina, los consejos, los milagros, las vigillias, los viages, los tormentos, las humillaciones, la ignominia, y toda su divina sangre,

¡Ah bondad y amor inconmensurable

¡Nada habeis querido reservaros!
¡También, nos habeis dado al gran or-
nato del cielo, á vuestra augusta é In-
maculada Madre!

¡Ay! si queremos amar como el Se-
ñor ama, imitémosle en todo, sepamos
ser dulces, pacientes, prontos en soco-
rrer á nuestros prójimos y enprestarles
las atenciones y auxilios posibles, dan-
do siempre lo que tenemos y no recla-
mando buenos procederes, gratitud y
afecto; aceptando con reconocimiento y
humildad lo que nos ofrezcan, y reci-
biéndolo como si se nos debiera. Y en
verdad, nuestra miseria es tan grande,
que únicamente merecemos olvido y
desprecio; y nosotros que ante todo,
debemos agradar á Jesús y María, de-
mos á todo y á cada uno, honor, aten-
ciones y caridad, porque tales son los
preceptos que el divino Maestro nos im-
pone para recibir las recompensas, que
cumpliéndolos nos promete.

Por lo tanto, las verdaderas Hijas de
María, han de ser caritativas en todo
tiempo y lugar.

Y para hacer más practicables estas
recomendaciones, diremos que deben

serlo por la paciencia, por la abnegación y por el agradecimiento.

1.º Por la paciencia.—La caridad es dulce, y solo sabe excusar y perdonar; jamás se queja; mira como una dicha el tener motivo de penas para ofrecerlas á Jesús, modelo, amor y fin nuestro.

2.º Por la abnegación ú olvido de sí mismo.—La caridad prefiere poseer menos que más; ensalza al prójimo y se humilla y se abate; no teme la pena ni el trabajo; dá con placer lo que necesita por evitar una privación á su hermano en Jesucristo; prefiere más dar que recibir, y quiere que los demás sean servidos antes de pensar en servirse él mismo.

3.º Por el agradecimiento.—Extraño parece hallar esta virtud entre los frutos de la caridad; empero, nada es más congruente. Estad persuadida que es necesario tener un alma que sienta el valor de los servicios recibidos; un alma amante que tenga una parte de la verdadera y pura caridad de Nuestro Señor Jesucristo, tan esencialmente agradecida que por un vaso de agua dado á un pobre en su nombre, promete una recompensa eterna.

Más no es este el momento de ex-

tendernos sobre la reina de las virtudes; y por eso terminaremos este capítulo, diciendo que la verdadera caridad completa todas las demás; pues si es incontestable que la fe es la raíz de las virtudes, la humildad, el tallo; la pureza, el olor y suavidad; y la obediencia, la guardiana vigilante; no lo es menos que la caridad es el alma, el calor que les da la vida, el rocío que las hace crecer y el jugo que las sustenta,

CAPÍTULO III

8 DE DICIEMBRE

Fiesta de la Inmaculada Concepción

Eres bellísima amiga mía,
en tí no hay ninguna mancha

(Cantar de los cant. IV)

Ya se acerca la fiesta suspirada en que anualmente tenéis la incomparable dicha de renovar á la divina Madre vuestra primera consagración. Día solemne, día que forma época en vuestra vida, y que por la extrema importancia del acto que vais á reproducir, necesita mucha reflexión y una preparación excepcional, angélica. No ignoráis que vuestra amada Soberana y Señora repele la tibieza y aparta la vista de la menor impureza. Si esto, como á no dudarlo, es así, cuan grande no ha de ser vuestra solicitud por enfervorizar vuestro espíritu y purificar vuestras almas para regocijar el clementísimo corazón de vuestra amantísima Reina! Considerad, que la próxima fiesta es la acción

de gracias, el aleluya del grandísimo privilegio concedido exclusivamente á María, vuestra augusta Madre, ¡Ah! ¿Quién podrá describir la belleza de un alma pura y sin mancha? ¿Quién puede comprender la admirable predilección de la inefable prerrogativa acordada á la Virgen, Madre de Dios? Ella ha sido sin cesar un instante, el reflejo luminoso de la belleza eterna, la escogida, la muy amada del Altísimo, que contempla extasiado esta pura maravilla de toda la creación; este immaculado y vivo Santuario de la segunda Persona de la adorable Trinidad, del Verbo del Padre hecho carne en sus entrañas, cuando llegó el día fijado en los eternos decretos.

Vosotras, Hijas de esta Virgen sin mancha, tenéis más estrecha obligación de purificar vuestros corazones para poderos acercar á la espléndida belleza del alma de vuestra Madre.

Es verdad que desgraciadamente por el pecado de nuestros padres perdimos la pureza original, pero hemos sido regenerados por el santo bautismo, que nos reviste de inocencia y enriquece de la gracia de su Hijo Jesús. Y para sacar fruto de ella, tenemos que imitar la vi-

da de la Santísima Virgen, vida de unión de fidelidad y amor á nuestro adorable Redentor, y huir todas las ocasiones de pecado, que nos alejaran del cielo ó hicieran indignas de las miradas de María.

¿Habéis conservado intacto el amado y divino tesoro de la inocencia bautismal? ¿Y si lo habeis perdido por desgracia vuestra, lo habeis recobrado por el arrepentimiento y la penitencia? ¡Ah! si meditáseis cuanto vale la dicha de estar bien con Dios, de vivir cumpliendo fielmente todas vuestras obligaciones de cristianas, Hijas de María, para morir como vuestra Madre en la paz del santo amor, todos los sacrificios os serían dulces y ligeros, y el yugo del Señor fácil y suave.

Oh María concebida sin pecado, Virgen purísima; dignáos alcanzarnos gran pureza de corazón, cuerpo y alma, y la gracia de morir antes que pecar. Amen.

Práctica.—Darse á la Santísima Virgen para pertenecerle con mayor generosidad y no resistir más á la gracia.

21 DE ENERO

Fiesta de Santa Inés Virgen y Mártir

Un intervalo muy corto os separa ¡oh Hijas de María, del día feliz en que la Santa Iglesia celebra los triunfos de vuestra ilustre Protectora. Vuestras almas tiernas deben despertarse y desplegar un vuelo para contemplar en las regiones celestiales á la heroína que desde el alto trono que ocupa os mira con fraternal afecto, y mostrandoos la aureola de gloria que la rodea, sus triunfos y sus laureles os dice: «Como vosotras, habité la tierra de miserias, el mundo me sonrió, me halagó, me ofreció sus honores, sus placeres, sus delicias, la naturaleza me prodigó hermosura, la fortuna me abrió sus tesoros, ¿pero qué? Fiel á las luces de la Fe y de la Religión supe hallar animosa tan vanos encantos, tan perecederos bienes, tan fugaces ilusiones. Amé á Dios desde que lo conocí y amé á María, este puro amor, único que ocupó mi corazón me llevó á consagrarle con voto mi virginidad.

Dulce lazo me unía con mi Dios: el

mundo intentó romperlo, pero fortalecida por la gracia del Omnipotente á los 13 años de edad, sobreponiéndome á cuanto de lisonjero y halagüeño se me ofrecía, á las crueles y terribles amenazas conque se me quería aterrar para que entregara mi corazón, y desafiando á la crueldad del tirano doblé mi cuello al verdugo y sacrifiqué mi vida á Aquél que solo poseía mi corazón. Pero volved vuestras miradas á la casa de mis padres y vereis que allí, solo un pensamiento, solo un deseo ocupó mi mente, el de agradar á mi Dios, el de imitar á María; no cuidaba de los fútiles pasatiempos; de vanos adornos, para conservar lo más precioso que poseía y daba más realce á las prendas naturales con que el cielo me había enriquecido, esto es, mi modestia, mi devoción, mi virtud; y aunque el mundo es vano é iluso, sin embargo, supo apreciarlo. No obstante me tendió sus redes, pero la protección del Eterno haciéndome superior á mis fuerzas y á mi debilidad, me hizo triunfar, y el premio, la felicidad que gozo, no tienen comparación con lo que sacrifiqué en la vida. ¿Queréis vosotras también venir á triunfar conmigo? me llamáis vuestra protecto-

ra, pues si lo soy, seguid el sendero que yo anduve, él os conducirá á María nuestra Madre, él os llevará á Jesús. No tenéis tiranos que vencer pero tenéis pasiones, inclinaciones, que os apartan de la virtud, brotan en vuestros corazones los afectos, los deseos, las ilusiones del mundo, de sus placeres, de sus modas, de sus máximas, dadles, pues, la muerte vosotras mismas, no le dejéis dominar en vuestros corazones, para que como tiranos no os lleven al suplicio eterno y os inmolen víctimas de vuestra propia ceguera. Amad á Jesús, amad á María y amadlos por medio de una tierna y filial devoción, de un esmero diligente en agradecerles, en todas vuestras acciones; vuestra modestia, vuestra obediencia, vuestra caridad, vuestra humildad sea un tributo continuo de alabanza, que como incienso aromático jamás cese de arder en vuestros corazones, y yo misma me encargaré de presentarlo á sus pies. Estad seguras de que en cambio recibiréis la paz en vuestras almas, la alegría en vuestros corazones, la fortaleza, la protección que necesitéis en vuestras aflicciones, el consuelo en vuestras penas, el triunfo sobre vuestras pa-

siones, y en fin no volveréis atrás en la carrera que habéis comenzado; subiréis al cielo para ser coronados de gloria, de felicidad imperecedera, unidas entonces en esta patria de delicias, cantaremos juntas un himno de eterna alabanza á María, un cántico siempre nuevo á Jesús. No os intimidéis, la vida es breve, la gloria eterna.

Práctica.—Para honrar á la Santa protectora, procurar dominar la pasión predominante y guardar mayor recogimiento para acercaros con más fruto á la Sagrada Comunión.

TERCERA PARTE

*Donde se trata de algunos
medios generales de santificación
y perseverancia*

I

—* De la oración—La meditación *

Método para Meditar

La oración mental ó meditación, es uno de los ejercicios más esenciales de la vida cristiana; pues consistiendo nuestro único fin en amar á Dios, esta oración es mística hoguera en que las almas se encienden en el amor divino, según lo atestigua el Salmista.

La experiencia enseña que las almas que se dedican á la oración mental, difícilmente caen en culpas graves, y si por desgracia caen alguna vez en ellas, insistiendo en la meditación, luego se arrepienten y vuelven á Dios, porque meditación y pecado mortal no pueden permanecer juntos largo tiempo en un

alma. Muchos rezan el rosario, el Oficio de la Virgen, ayunan, etc.; y no obstante continúan en el pecado; pero el que medita, es imposible continúe por mucho tiempo enemigo de Dios.

El lugar más acomodado para la meditación es la Iglesia; pero los que no pueden acudir á ella pueden hacerla en cualquier otro sitio donde se encuentre más quietud, y hasta en el campo y en el trabajo; pues el que busca á Dios, en todo lugar lo encuentra.

Respecto al tiempo, el más á propósito es el de la mañana; pero si por las ocupaciones no fuera posible hacerla entonces, se hará en otra cualquier hora del día; lo que importa es no dejar de hacerla á una ú otra hora.

El modo de hacer bien la oración mental es el siguiente: se divide en tres partes, que son: I Preparación.—II Consideración.—III Conclusión.

I. La Preparación contiene tres actos que son: de fe en la presencia de Dios; de humildad en vista de la propia bajeza y la petición de la divina asistencia; helos aquí:—1.º Dios mío, creo que estáis aquí presente, y os adoro desde el abismo de mi nada.—2.º Dios mío, debería yo estar ahora en el In-

fierno por mis pecados, de los que me pesa por haberos ofendido á Vos, bondad infinita, y os suplico me perdonéis por vuestra misericordia,—3.º Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración, para que sea provechosa para mi alma.

En seguida se reza una Ave María á la Santísima Virgen, para implorar su asistencia, un Gloria Patri á San José, al Angel Custodio y á los Santos abogados. Estos actos han de hacerse atenta pero brevemente, y luego se pasa á la:

II. Consideración. Para ésta es conveniente valerse de algún libro de meditaciones. Adviértese que se ha de leer el punto despacio, y después, dejando el libro, se repasará mentalmente lo que se ha leído, deteniéndose en el pasaje que más llene y conmueva el alma. Dice San Francisco de Sales que en esto se debe seguir la prudente conducta de las abejas, que se paran en una flor hasta extraer toda la miel que hay en ella, y después pasan á otra. Quien no sepa leer, podrá hacer la meditación, deteniéndose en considerar los novísimos, los beneficios de Dios, y mejor aún, algún misterio de la Pasión de Jesucristo.

Pero la mayor utilidad de la oración mental, no consiste tanto en la consideración como en sacar de ella diferentes efectos, propósitos y súplicas, que son los frutos principales de esta oración. Por tanto, después de haber meditado algún punto, cuando el alma se siente conmovida, es menester levantar el corazón á Dios por medio de actos de amor y contrición; mezclando con estas breves y fervorosas súplicas, pidiendo á Dios la remisión de los pecados, el fervor, la perseverancia final, una dichosa muerte, la eterna bienaventuranza, y sobre todo el don de su santo amor.

Es además necesario que en el discurso de la oración, ó fin de ella, se haga algún propósito, no solo en general, sino también en particular. v. gr. de precaverse con mayor cuidado de algún defecto en que se ha caído con frecuencia, ó de ejercitar con más ardor que antes alguna virtud, v. gr., sufrir con más paciencia la molestia de tal ó cual persona.

La Conclusión. Se compone de estos tres actos: 1.º Dar gracias á Dios por las inspiraciones recibidas en la meditación; el 2.º Afirmarse en las resoluciones de observar firmemente los propó-

sitos que se han hecho. 3.º Pedir al Eterno Padre, por los méritos de Jesús y de María, los auxilios oportunos para cumplirlos.

Antes de levantarse de la meditación, se tendrá cuidado de encomendar á Dios las almas del Purgatorio, los prelados de la Iglesia, la conversión de los pecadores, los parientes, amigos y bienhechores, rezando á este fin un Padre nuestro, un Ave María y un Gloria Patri.

Por último, al levantarse de la oración mental, es necesario que recojamos, dice San Francisco de Sales, un ramillete de flores para deleitarnos con su fragancia todo el día; esto es, que escojamos algún punto, algún pensamiento, sentimiento ó verdad que nos haya hecho mas impresión, para acordarlo en el discurso de aquel día.

Ténganse además presentes, las dos siguientes advertencias:

1.ª Si antes de la meditación el Espíritu Santo inspirare algún afecto, debe omitirse la consideración por entonces, como advierte el mismo San Francisco de Sales, pues la consideración no sirve sino para excitar dichos afectos, y por tanto, conseguido el fin, deben omitirse los medios.

La 2.^a es, que si por la desolación ó aridez del espíritu durante la meditación no pudiera hacerse otra cosa mas, será bastante entonces repetir alguna petición ó súplica, v. gr., «Señor, ayúdame, Señor, dadme vuestro santo amor.»

La Oración Vocal

El celo que todos debemos tener por la oración, como hemos visto en el tratado anterior, no ha de limitarse á la práctica de la oración mental, es necesario que se extienda á la oración vocal, por varias razones, á cual mas poderosas; primera, por ser esta la voluntad de Dios, quien, con este fin, principalmente, nos ha dado la voz, y por medio de su Divino Hijo Jesucristo nos ha enseñado la sublime oración vocal del Padre Nuestro; segunda, porque siendo el hombre formado de alma y cuerpo, con el cuerpo lo mismo que con el alma ha de llamar á Dios en su auxilio, ha de alabarle y pedirle sus gracias; tercera, porque la oración vocal bien practicada tiene una poderosa virtud para recoger el espíritu y elevarlo á Dios, como debe hacerse en la verdadera oración, y cuarta, porque á veces el alma

está tan árida y seca y tan incapaz de meditar y practicar actos internos de virtud, que no nos queda al parecer otra arma contra el demonio más que la voz.

Todas estas razones recomiendan grandemente la oración vocal, y nos convencen de la obligación en que estamos de practicarla, á lo menos en ciertos casos con el mismo celo que la oración mental.

A fin, pues, de facilitarle su práctica, ¡oh alma fiel! pondremos en este Manual un buen número de oraciones vocales, para que, según las circunstancias y necesidades en que te halles, y según los deseos de tu piedad, puedas dirigirte á Dios, á María Santísima, á los Angeles y á los Santos, pidiéndoles sus favores.

Práctica de las principales Virtudes

Dice San Agustín, que la vida de fervoroso cristiano es un continuo ejercicio de la perfección. Pues el que no desea llegar á conseguir este tesoro, por parecerle demasiado duro el trabajo de alcanzarlo, se quedará siempre en su deplorable tibieza, sin dar nunca un paso más adelante en el camino del Señor.

Antes bien, dicen los maestros de la vida espiritual, y la misma experiencia lo enseña, que el que no desea y no se esfuerza en adelantar siempre en la práctica de las virtudes irá hacia atrás y se expondrá á un grandísimo peligro de perderse, porque el hombre después del pecado de Adán, ha quedado desde su nacimiento, naturalmente inclinado al mal, y sin esfuerzo continuo para adelantar y hacerse mejor de lo que es, la misma corriente de la concupiscencia humana le hará retroceder.

Aquí ponemos la práctica de las principales virtudes que conducen á la perfección.

Práctica de la Humildad

Quien no es humilde no puede agradar á Dios, porque el Señor no sufre á los soberbios. El ha prometido escuchar á los que le ruegan, con tal que sean humildes. Si le pide un soberbio no le escucha, mientras que por el contrario concede copiosamente sus gracias á los humildes. La práctica de esta virtud consiste:

1.º En que no nos fiemos nunca de nuestras fuerzas ni de nuestro propósito, sino que desconfiemos y temamos siempre de nosotros mismos.

2.º En que no nos vanogloriemos de nuestras cosas, como de nuestro talento, de nuestras obras, de nuestra familia, de nuestros parientes y otras. Por eso es bueno que no hablemos nunca de nosotros, como no sea para referir nuestros defectos. Y aún es mejor no hablar de nosotros ni en bien ni en mal, porque no pocas veces en el mismo mal que se dice, asoma la vanidad de ser alabados y tenidos por humildes, y de este modo la humildad se reduce á la soberbia.

3.º En que no nos enfademos contra nosotros mismos después de alguna falta, porque muchas veces esto procede de soberbia, y es ardid del demonio para hacernos desconfiar y dejar la buena vida.

4.º En que no nos admiremos de las caídas de los otros, antes los compadezcamos y roguemos al Señor que nos tenga de su mano, pues obrando de otro modo, podría el Señor castigarnos con permitir que cayéramos en los mismos pecados, y quizá en otros mayores.

5.º En que no nos tengamos por los mayores pecadores del mundo, y esto, aún cuando supiéramos que otros tengan más pecados que nosotros, porque nues-

tras culpas cometidas después de tantas luces y gracias divinas, se hacen más indisciplinables delante de Dios.

6.º En que nos alegremos de ser despreciados por los otros, pues el que ha merecido el infierno, merece ser pisoteado por los demonios.

7.º En que recibamos con paz y agradecimiento cualquiera amonestación, sin disculparnos, sino cuando lo exija la precisión de evitar algún escándalo.

Práctica de la Mortificación

Dijo el Redentor: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. He aquí lo que ha de hacer el que quiere seguir á Jesucristo: negarse á sí mismo, es decir mortificarse. La mortificación es de dos modos: interna y externa. La mortificación interna se consigue venciendo las pasiones y especialmente la que mas nos domina, el que no vence la pasión predominante está en gran peligro de perderse. La mortificación externa se reduce á vencer los apetitos sensuales y su práctica consiste:

1.º En mortificar los ojos, absteniéndose de mirar cualquier objeto que pueda excitar alguna tentación. Muchos

por causa de la vista no mortificada están ahora en el infierno.

2.º En mortificar la lengua, absteiniéndose de las palabras de murmura-ción, de injuria ó de deshonestidad. Una palabra obscena dicha en una conversa-ción aunque por chanza, podrá ser cau-sa de escándalos y de muchos pecados. Adviértase aquí que algunas veces más daño hace una palabra embozada, di-cha por chiste, que otra abiertamente obscena.

3.º En mortificar la gula. Decía San Andrés Avelino que para empezar á vivir bien, es preciso comenzar por la mortificación de la gula. Y San Fran-cisco de Sales decía que es preciso co-mer para vivir, y no vivir para comer. Muchos parece que viven para comer, y de este modo pierden la salud del alma y también la del cuerpo. Sobre to-do, sino quieres ser molestado de las tentaciones deshonestas, abstenéos de la demasiada comida de carne y del de-masiado vino; y no os pese practicar de cuando en cuando algún ayuno ó absti-nencia, especialmente en honor de Ma-ría Santísima, y en las vigili-as de sus principales festividades.

4.º En mortificar los oídos, cerrán-

dolos á las conversaciones deshonestas, y á las de murmuración para no hacerse cómplice de otros.

5.º En mortificar el tacto, procurando toda la modestia y cautela posible en el tratamiento del propio cuerpo.

Práctica de la caridad del prójimo

El que ama á Dios, ama también al prójimo: y quien no ama al prójimo tampoco ama á Dios.

Al prójimo hemos de amarle interna y externamente. Le amamos internamente:

1.º Si le deseamos el bien que queremos para nosotros, y nos alegramos del que haya conseguido, y si, por el contrario, nos entristecemos por su mal.

2.º Si evitamos el juzgar ó sospechar mal en él sin fundamento. Y en esto consiste la caridad interna. Mas la caridad externa consiste:

1.º En evitar cualquier sombra de murmuración, hablando bien de todos; y cuando no se puede disculpar una falta, disculpar por lo menos la intención.

2.º En evitar el referir á uno el mal que otro hubiese dicho de él, pues de aquí nacen no pocas veces largas enemistades.

3.º En evitar toda palabra que pueda ofender al prójimo, aun cuando se diga por burla.

4.º En evitar cualquier altercado, pues á veces por cosa de ninguna importancia se arman contiendas que pasan á injurias y rencores; por lo tanto, procúrese no contradecir á nadie, sino decir el propio parecer, cuando sea preguntado, y después aquietarse.

5.º En hablar á todos con mansedumbre y dulzura, aún á los inferiores, y con la misma dulzura responda á quien nos diga ó haga alguna injuria. Y si uno está alterado interiormente, callar por entonces, porque la pasión le hará salir de los límites de la prudencia, haciéndole creer que es preciso cargar la mano, mientras es cierto que de ello se arrepentirá después.

6.º En hacer al prójimo todo el bien que se pueda tanto temporal como espiritual. La limosna, dice la Escritura, «libra del pecado y del infierno;» y por limosna se entiende cualquier ayuda que se dé al prójimo. Pero la limosna de mayor mérito es la que se hace á su alma, v. gr.; corrigiéndole con dulzura y oportunamente, siempre que sea posible.

7.º En visitar y consolar á los enfermos, aún cuando ellos no se muestren agradecidos.

8.º En hacer bien á los enemigos y si no se puede hacer otra cosa, rogar á Dios por ellos, como nos lo manda Jesucristo.

9.º En socorrer á las ánimas del Purgatorio, como mandar decir una misa por ellas, ú oirla, ó dar alguna limosna en su sufragio, ó hacer oración, aplicándoles las indulgencias que se puedan.

Práctica de la Paciencia

El Apóstol Santiago, dice que la paciencia es la obra perfecta de un alma. Esta tierra es un lugar de méritos y por lo tanto, no de reposo, sino de trabajos y padecimientos: el que padece con paciencia, sufre menos y se salva; y el que padece con impaciencia, sufre más y se condena. La paciencia se ha de practicar.

1.º En las enfermedades. Las enfermedades son la piedra de toque para distinguir el espíritu de las personas: algunos son devotos cuando disfrutan de buena salud; pero, visitados por alguna enfermedad, se impacientan, se quejan de todos, se entregan á la tristeza y cometen otras muchas faltas.

2.º En la muerte de los parientes. ¡Cuántos por la muerte de un pariente se quedan inconsolables hasta el punto de dejar la oración, los Sacramentos y todas sus devociones! Algunos llegan á quejarse del mismo Dios. ¡Qué temeridad!

3.º En la pobreza, sufriendo con resignación la pérdida de los intereses, y confiando en el Señor que no dejará de socorrer á quien en El confía.

4.º En los desprecios y persecuciones; pues si Jesús, siendo tan inocente, ha padecido tanto por nuestro amor; ¡qué mucho que padezcamos nosotros por amor suyo!

5.º En las tentaciones. Almas hay tan pusilánimes, que si la tentación es larga se acobardan, y se creen abandonadas de Dios. Sin embargo, Dios no permite nunca que seamos tentados más allá de lo que permite nuestras fuerzas, y por cada tentación vencida se ganan muchos grados de gloria. Preciso es pedir al Señor que nos libre de las tentaciones, pero cuando éstas lleguen, conviene resignarse con la voluntad de Dios, rogándole que nos dé fuerzas para resistirlas.

Práctica de la Rectitud de Intención

Decía Santa María Magdalena de Pazzis que Dios premia las obras á medida de la rectitud de intención.

La práctica de esta intención consiste:

1.º En que en todos los ejercicios y obras espirituales que hagamos, busquemos el agradar á Dios y no á nosotros mismos; pues el que obra por propia satisfacción no puede esperar de Dios ninguna recompensa. Es señal de que se obra para agradar á Dios, cuando no se buscan alabanzas y gracias de los otros; cuando no se inquieta uno si la cosa no tiene buen resultado, y cuando se alegra lo mismo del bien obrado por otro, que del suyo, propio.

2.º En que procuremos hacer hasta las obras mas indiferentes, como trabajar, comer, dormir, recrearse honestamente, para dar gusto á Dios; pues la rectitud de intenciones es el verdadero medio para hacer que las acciones más ordinarias y comunes se vuelvan actos de amor de Dios.

Práctica de los medios para alcanzar el amor de Jesucristo

Grande es la obligación que tenemos de amar á Jesucristo, pues todo lo que

tenemos de bienes espirituales, de inspiraciones, de llamamientos, perdones, auxilios, consuelos, afectos amorosos, esperanzas, todo lo debemos á El. Por lo tanto, El solo ha de ser todo nuestro amor, y para conseguir este tesoro he aquí los medios:

1.º Desear amar mucho á Jesucristo, y muy frecuentemente, tanto en la oración como después de la Comunión y en las visitas al Santísimo Sacramento, pedir la gracia de amarle; esta misma gracia pedirla por intercesión de María Santísima, y del Angel Custodio.

2.º Ejercitarse muy frecuentemente en hacer estos actos de amor, de complacencia por las prerrogativas y méritos de Jesucristo, de preferirle á todas las cosas, y también de contricción, que se puede llamar amor doloroso.

3.º Meditar frecuentemente la Pasión de Jesucristo, pues fué revelado á un Santo solitario, que en el medio más eficaz para encender en un alma la llama de este amor, es esta contemplación de las penas é ignominias del Salvador.

4.º Desterrar del corazón todo afecto terreno, pues en un corazón lleno de cosas mundanas, no puede entrar el amor divino; y decía San Felipe Neri,

que todo el amor que damos á las criaturas se lo quitamos á Dios.

Ejercicios piadosos para cada día

EJERCICIO PRIMERO

Actos cristianos para cada día

1.º Por la mañana

Al despertar no te entregues á pensamientos vanos, sino acuérdate que tu Dios está presente y espera las primicias del día que amorosamente te concede.—Haz pues, con devoción la señal de la cruz, y dí:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Mientras te vistes, rezas las devociones que tengas de costumbre, al fin de ellas la siguiente oración.

Señor, Dios todo poderoso, que nos has dejado llegar al principio de este día, sálvanos hoy por tu santa virtud, para que no caigamos en pecado, antes bien, todas nuestras obras, pensamientos y palabras, vayan enderezadas á tu santo servicio y á la guarda de tus santos Mandamientos.

Por Jesucristo Nuestro Señor, que contigo vive y reina por todos los siglos. Amén.

Toma agua bendita y poniéndote de rodillas delante de alguna devota imagen de Jesucristo ó de María Santísima, persígnate con reverencia y dí:

Dios mío, yo creo que estais aquí presente; os adoro y os amo con todo mi corazón, porque sois infinitamente bueno y digno de ser amado: os agradezco todos los beneficios que hasta ahora me habéis hecho, y especialmente el de haberme librado esta noche de una muerte repentina. Me arrepiento y me pesa de haberos ofendido, y propongo firmemente, ayudado de vuestra divina gracia, que humildemente os pido, no cometer ningún pecado voluntario, sobre todo aquél que vos sabéis que suelo cometer con más frecuencia. Os ofrezco todas mis palabras, obras y pensamientos y todo cuanto sufra en en este día, junto con los méritos de Jesús y de María.

Hago intención de ganar todas las indulgencias que pueda, y las ofrezco á la Santísima Virgen en sufragio de las almas del Purgatorio. Os pido, por amor de Jesús, me concedais la gracia de perseverar en mis buenos propósitos hasta la muerte.

Oración á Maria Santísima

¡Oh Señora mía! ¡Oh madre mía! Me ofrezco toda á Vos, en prueba de filial afecto, os consagro en este día, mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón; en una palabra, todo mi ser. Ya que soy toda vuestra, ¡Oh tierna Madre! guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

Trescientos días de indulgencia por cada vez; y una plenaria al mes, rezándola cada día.—Pío IX.

Padre nuestro...Credo...y tres Ave Marías á Nuestra Señora la Santísima Virgen en honor de su pureza inmaculada para pedirle la gracia de la castidad, y después dirás:

Madre mía, esperanza mía, yo me acojo bajo vuestro manto, y ahí quiero vivir y morir: libradme de todo pecado y dadme vuestra santa bendición. Angel de mi guarda, Santos mis abogados, rogad por mí y defendedme.

Al Santo Angel Custodio

Angel de Dios, bajo cuya tutela y custodia me ha colocado la piedad divina, iluminadme, defendedme, regidme y gobernadme en este día.

(Cien días de indulgencias cada vez que se rece.

En seguida harás los actos de Fe, de Esperanza y de Caridad, y si te falta el tiempo, lo harás por la noche.

Acto de Fé

Dios mío, verdad infalible, yo creo firmemente todo aquello que cree y confiesa nuestra Santa madre la Iglesia Católica, Apostólica Romana, porque Vos lo habéis revelado. Creo que sois un Dios Criador de todas las cosas. Creo que en la eternidad premiáis á los buenos con la gloria, y castigais á los malos con el Infierno. Creo que sois un solo Dios en tres personas iguales y distintas, que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creo que la segunda Persona, que es el Hijo, se hizo hombre, tomando carne y alma humana por obra del Espíritu Santo en las purísimas entrañas de María Santísima, y que por nosotros padeció y murió en la cruz. Creo que el Romano Pontífice, cuando nos enseña, como Maestro y Doctor universal de la Iglesia, lo que debemos creer y obrar para salvarnos, no puede errar ni engañarnos. Os doy gracias por haberme hecho cristiano, en esta santa gracia quiero vivir y morir.

Acto de Esperanza

¡Oh Dios mío! Nos habeis prometido

la gracia y la Gloria á los que os sirven y perseverar en pedirlos estos dones; y porque sois poderoso, fiel y misericordioso, yo espero de vos, que en atención á los méritos de Jesucristo, me dareis el perdón de mis pecados, vuestro amor, la perseverancia y Gloria eterna.

Acto de Caridad

Os amo ¡oh Dios mío! con todo mi corazón, más que á todas las cosas, porque sois infinitamente bueno y digno de ser amado; y por el amor que os tengo, amo también á mi prójimo como á mi mismo. Me arrepiento de todos mis pecados, porque con ellos os he ofendido á Vos, que sois la suma Bondad; me pesa mucho de haberlos cometido, y propongo, ayudada de vuestra divina gracia, no pecar más, y particularmente huir las ocasiones próximas del pecado.

Dichas estas oraciones, y antes de entregarte á los asuntos temporales, será bueno que hagas una media hora ó á lo menos un cuarto de hora de Meditación.

I -- Entre día

Al principio de cada obra— Señor hago esta obra por vuestro amor; dignaos bendecirla y aceptarla.

Rezarás un Ave María, y acabada la obra dirás:

Gracias, oh Jesús mío; rezando otra Ave María.

De vez en cuando y especialmente cuando oigas las horas del reloj, acuérdate que Dios te vé, te oye, y te ha de juzgar y dí:

Jesús mío misericordioso, Dios mío ayúdame. Dulce corazón de mi Jesús, haced que siempre os ame más y más. Virgen María, Madre de Dios, orad á Jesús por mí.

Estas jaculatorias, á las que se han concedido muchas indulgencias, las has de decir sobre todo en el momento de la tentación: y si la tentación dura, seguirás diciendo:

¡Jesús y María! ¡Jesús y María! antes morir que pecar. No me abandonéis, Dios mío. Amparadme, Virgen María; no me dejéis caer en esta tentación. Prefero el infierno al pecado. Acordaos ¡oh María! pue soy vuestra; guardadme y dadme la victoria sobre vuestros enemigos.

Al sentarse á la mesa, haz la señal de la cruz, y dí:

Echad, Señor, vuestra santa bendición sobre nosotros y sobre estos ali-

mentos que vamos á tomar, como un don de vuestra largueza.

Padre nuestro y Avemaría.

El Rey de la gloria eterna nos haga participantes de la mesa celestial. Amén.

Antes de levantarte de la mesa, darás gracias á Dios, diciendo:

Gracias os damos, oh Dios Omnipotente, por todos los beneficios que de vuestra bondad hemos recibido. Amén.

Padre nuestro y Avemaría.

El Señor nos dé su paz y después la vida eterna. Amén. En los movimientos de impaciencia, dirás: Dios mío dadme paciencia, Madre mía, refrenad mi lengua. En las penas y trabajos, dirás: Dios mío, hágase vuestra santa voluntad, sea todo por Dios.

Si oyes alguna blasfemia, dirás: Alabado sea Dios. alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. Dios te salve, María. Gloria á Dios, Perdonadle, Señor, que no sabe lo que se dice.

Oración de San Bernardo

Con la cual debes encomendarte cada día á María Santísima.

Acuérdate ¡oh piadosísima Virgen María! que jamás se ha oído decir que haya sido de tí abandonada ninguno de

cuantos se han acogido á tu amparo, han pedido tu socorro é implorado tu intercesión. Animada yo con tal confianza, hacia ti corro. ¡Oh Virgen Madre de Vírgenes! á tí vengo; á tus pies me postro, sollozando y pidiendo. No desheches mis ruegos, oh Madre del Verbo! sino escúchame propicia y atiéndeme. Amén.

Las Avemarías—Cuando oigas tocar á las Avemarías por la mañana, al medio-día y por la noche, rezarás la Salutación angélica y la oración siguiente:

V. El Angel del Señor anunció á María.

R. Y concibió por obra del Espíritu Santo.

Dios te salve, María.

V. He aquí la esclava del Señor.

R. Hágase en mí según tu palabra.
Dios te salve, María.

V. El Verbo se hizo carne.

R. Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María.

V. Rogad por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignas de las promesas de Jesucristo.

Oración

Infundid Señor, vuestra gracia en

nuestras almas, para que habiendo creído la Encarnación de vuestro Divino Hijo Jesucristo anunciada por el Angel, alcancemos la gloria de la Resurrección, por los merecimientos de su Santísima Pasión y Muerte. Amén.

(Cien días de indulgencia y una plenaria al mes.) Cuando se lleva el Santísimo Viático á los enfermos, le acompañarás si puedes; y si nó te es posible, te arrodillarás y rezarás un Padrenuestro y Avemaría, y dirás:

Dad, Señor, á ese hermano nuestro, enfermo, las gracias que necesita para su salvación y gloria vuestra.

Examen de conciencia

Todas las noches debes hacer el examen de conciencia.

No hay medio más eficaz para el alma de evitar pecados, desterrar los vicios y adquirir las virtudes. Si hay almas que viven en el pecado mortal, es porque no conocen su fealdad. Las que la conocen sienten un horror invencible al pecado: le detestan, renuncian á él, le lloran y llenas de dolor piden perdón á Dios, resolviéndose á morir antes que volver á pecar; y de este modo se libran de su tiranía. Ahora bien: el medio más

seguro y á la vez más natural para conocer el pecado y su fealdad, es el exámen cotidiano de conciencia.

Examina, pues, tu conciencia, trayendo á la memoria las faltas que hayas cometido durante el día, en pensamiento, palabras y obras, ó dejando de hacer el bien á que estás obligada; y pondera la gravedad de cuanto hubieres faltado contra Dios, contra el prójimo y contra ti mismo.

Modo práctico de hacer el exámen

Puesta de rodillas á los pies del Crucifijo ó ante alguna imagen de la Santísima Virgen, haz la señal de la cruz.

Da gracias á Dios é implora su auxilio divino para conocerte.

¡Oh Dios mío! Yo creo que estáis aquí presente, y os adoro desde el abismo de mi nada; os doy gracias por todos beneficios que me habéis hecho, especialmente por haberme dado á Jesucristo por Salvador y á la Santísima Virgen por madre, por haberme llamado á la santa fé católica conservándome en ella hasta hoy.

¡Oh Dios! Padre de las luces, que iluminais á todo hombre que viene á este mundo, enviad á mi espíritu un

rayo de vuestra luz, y á mi corazón una centella de amor y de dolor, para que pueda yo conocer los pecados que contra Vos he cometido, y con un horror sumo aborrecerlos.

Ahora, por espacio de diez ó quince minutos examinarás lo que hayas faltado en:

Pensamientos.—De vanidad, de impureza, de avaricia, de venganza, de ambición, de infundada sospecha y de juicio temerario, ociosos, sobre todo en la oración y ejercicios de piedad, si son voluntarios.

Palabras.—De propia alabanza, despreciativas, mentirosas, impuras, ofensivas, blasfemas, ociosas, maldicientes, chismosas, de murmuración ó crítica, irreverentes y faltas de respeto á los mayores.

Obras.—Impaciencia, maltrato á los pobres, vanidad, amor al lujo, impurezas consigo ó con otros, gula, pereza, mal empleo de su hacienda.

Omisiones.—Pérdida de tiempo, no cumplir con alguno de sus deberes, no ayunar, estando obligada, no santificar las fiestas, no cuidar de la educación de los súbditos ó de la obediencia á los pa-

dres, no desechar pronto los malos pensamientos.

Acabado el exámen pide perdón á Dios y promete seriamente la enmienda, diciendo:

Dios mío, porque sois la suma bondad, me arrepiento y me duelo de todo corazón de haberos ofendido. Perdonadme por los méritos de mi Señor Jesucristo, que yo propongo firmemente, ayudada de vuestra divina gracia, no pecar más en adelante, hacer penitencia de mis culpas y huir las ocasiones próximas del pecado. —Padre Nuestro, Ave María y Credo.

Si por la noche no se pudiere hacer el exámen, hágase en otra hora del día en que haya más comodidad. No se omite jamás.

Llegada la hora del reposo, antes de entregarte al sueño, puesta de rodillas delante del Crucifijo, haz la señal de la cruz y dí:

¡Oh Dios mío! os doy gracias por haberme conservado la vida en el día de hoy; os suplico me la conservéis también durante esta noche y me preservéis de todo mal. Para agradaros voy á tomar este descanso y hago intención de amaros, alabaros y rendiros tantas

acciones de gracias, cuantas sean las veces que respire, como lo hacen los ángeles y los santos en el cielo.

¡Oh María, Madre mía! Bendecidme y cubridme bajo el manto de vuestra protección. Angel de mi guarda, Santos Patronos míos, interceder por mí; Santos y Santas del Cielo, rogad por mí.

Tres Ave Marías en honor de la pureza de María como por la mañana.

Te desnudarás con mucha honestidad y gran recato, pensando que Dios te ve. Rociarás la cama con agua bendita y dirás:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, recibid cuando espire el alma mía.

Estando en la cama cruzando los brazos dirás:

Yo he de morir mas no se cuando; yo he de morir, mas no sé donde; yo he de morir mas no sé como. Lo que sé de cierto es que, si muero en pecado mortal, me condeno para siempre.

Procurarás dormirte pensando en Dios y rezando algo.

Modo de oír con devoción y fruto la Santa Misa

Al empezar la Misa

Oh mi amabilísimo Jesús, me prosterno al pie de este altar para asistir al santo sacrificio de la misa.

Dignaos aplicarme todo su fruto, y suplid las disposiciones que me faltan. Aparejad mi corazón para que reciba los dulces afectos de vuestra bondad; recoged mis sentidos; purificando mi alma, borrarad con vuestra sangre los pecados de que Vos sabéis soy culpable; olvidadlos todos, oh Dios de misericordia, pues ya los detesto por amor de Vos, y humildemente os pido perdón de ellos. Haced, dulce Jesús mío, que me sacrifique todo á Vos, como Vos os sacrificásteis enteramente por mí. Amén.

Al Introito

Oh adorable Trinidad, en vuestro nombre y para tributaros los honores y los homanages que os son debidos, asisto al santo sacrificio del altar. Permittedme, Salvador mío, que me una en intención á vuestro ministerio para ofrecer la preciosa víctima de mi salud, é

inspiradme los sentimientos que hubiera tenido en el Calvario si hubiese presenciado el sangriento sacrificio de vuestra muerte. Amén

A los Kyries

Oh misericordioso Señor, yo os pido humildemente perdón por todos los que están en pecado mortal, y os suplico por vuestra preciosa sangre, muerte y pasión, que les inspireis un perfecto dolor y arrepentimiento de sus pecados, á fin de que vuestro santo nombre sea alabado en ellos y por ellos. Amén

Al Gloria in Excelsis

¡Gloria á Dios en los cielos, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad! Os alabamos, Señor, y os bendecimos, os adoramos, os glorificamos y rendimos humildes acciones de gracias á Vos que sois el soberano Dueño, el Altísimo, el solo verdadero Dios y Padre omnipotente, adorable Jesús, hijo único del Padre, Dios y Señor de todas las cosas, Cordero de Dios que borrais los pecados del mundo, tened misericordia de nosotros. Salvadnos Vos que sois el solo infinitamente poderoso é infinitamente adorable con el Espíritu Santo en la gloria del Padre. Amén.

A las Oraciones

Concedednos, Señor, por intercesión de la bienaventurada Virgen y de los santos á quienes honramos, todas las gracias que vuestro ministro os pide para sí y para nosotras. Unida á él, os hago la misma súplica en favor de todos aquellos por quienes estoy obligada á orar, y os ruego, Señor, nos concedais á todas los auxilios que Vos sabéis nos son necesarios para alcanzar la vida eterna. Amén.

A la Epístola

Oh Dios mío, que por un efecto de vuestra bondad me habéis llamado la conocimiento de vuestra santa ley yo la recibo con el mayor reconocimiento, y escucho sumisa y reverente los sagrados oráculos que anunciásteis por vuestros Profetas.

¡Quién me diera, Señor mío, que yo os amase como los santos de vuestro Antiguo Testamento, que os desease con el ardor de los patriarcas; que os conociese y venerase como los profetas, y os siguiese exclusivamente á Vos como los Apóstoles!

Al Evangelio

No son ahora, oh Dios mío, los profetas, los apóstoles quienes van á ins-

truirme en mis deberes sino vuestro mismo Unigénito, cuyas enseñanzas voy á oír. Más ¡ay! ¿de qué me servirá, oh Jesús, haber creído que el Evangelio es vuestra palabra, si mi modo de obrar no es conforme con mi creencia? ¡Qué me aprovechará cuando comparezca ante Vos oh sumo Juez, el haber tenido la fe, sin el mérito de la caridad y las buenas obras? Creo, y vivo como sino creyese ó como si creyese un Evangelio contrario al vuestro. No me juzgueis, oh Dios, según esta oposición continua entre vuestras máximas y mi conducta. Creo, sí, pero es indispensable me inspireis Vos el valor y fuerza de practicar lo que creo. Hacedlo, Señor, para vos será toda la gloria.

Al Credo

Oh soberana Majestad, yo creo firmemente que Vos sois un Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que de la nada habeis criado todas las cosas. Creo que vuestra segunda Persona, que es vuestro hijo, se ha hecho hombre, ha nacido de la buena-venturada Virgen María por obra del Espíritu Santo; que ha muerto por mí, que ha resucitado, que ha subido á los cielos, y que de allí ha de venir á

juzgar al mundo. Creo en los siete sacramentos de la santa Iglesia católica, apostólica y romana. Finalmente, creo todo lo que la misma Iglesia cree y enseña, y quiero vivir y morir en esta fe. Aunque fuese menester padecer muchos tormentos á imitación de los santos mártires. Señor aumentad mi fe y convertid á los infieles, á los herejes y cismáticos. Amen.

Al Ofertorio

Oh Padre infinitamente Santo y Dios todopoderoso y eterno, aunque indigno de estar en vuestra presencia, me atrevo á presentaros esta Hostia por las manos del Sacerdote, y os la ofrezco en el conocimiento de vuestro soberano dominio sobre mi y sobre todas las criaturas, en expiación de mis culpas y en acción de gracias por todos los beneficios de que me habeis colmado. Os ofrezco también este augusto é incruento sacrificio á fin de alcanzar de vuestra infinita bondad para mi y mis parientes, bienhechores, amigos y enemigos, las gracias de salud que solo se conceden al pecador por los méritos de Aquel que es el justo por excelencia y que se ha hecho víctima de proposición por todos. Y al ofreceros esta adorable Víctima,

os ruego, Dios mío, por toda la Iglesia católica, por nuestro Santísimo padre el Papa, por nuestro Prelado, por los pastores de las almas, por nuestros superiores espirituales y temporales, por los gobernantes cristianos y por todos los pueblos que creen en Vos. Acordaos también de los fieles difuntos, y por los méritos de vuestro hijo, concédeles un lugar de refrigerio, de luz y de paz. Tampoco olvidéis, oh señor, á vuestros enemigos y los míos; tened piedad de los infieles y herejes y de todos los pecadores: colmad de bendiciones á aquellos que me persiguen, perdonadme mis pecados como yo les perdono todo el mal que me hayan hecho ó quisieran hacerme. Amén.

Al Prefacio y Santus

He ahí el dichoso instante en que vá á descender del cielo el Rey de los ángeles y de los hombres. Oh Señor llenadme de vuestro espíritu, y apartad mi corazón de la tierra para que solo piense en Vos, pues grande es mi obligación de bendeciros y alabaros en todo tiempo y en todo lugar, Dios del cielo y de la tierra, Padre omnipotente y eterno. Nada más justo y ventajoso que unirnos á Jesucristo para adoraros

continuamente. Por El todos los espíritus bienaventurados tributan sus homenajes á vuestra majestad, por su medio todas las virtudes del cielo se unen para glorificaros. Permitid, Señor, que nosotras juntemos nuestras débiles alabanzas á las de esas sublimes inteligencias, y que exclamemos en un transporte de gozo y admiración. Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de su gloria. Bendíganle los bienaventurados en las alturas, y bendito sea el que viene á la tierra en el nombre del Señor.

Al Cónon

Oh Padre infinitamente misericordioso, os rogamos en nombre de vuestro Hijo, y Señor nuestro, que os digneis conservar, defender y gobernar nuestra Santa Iglesia Católica con todos los miembros que la componen. En particular os pedimos por todos los que asisten á este adorable sacrificio, y singularmente por N. y N. Y á fin de que nuestros homenajes os sean más agradables, unimos nuestras súplicas á las de la gloriosa siempre Virgen María, de todos vuestros apóstoles, mártires y santos, que componen con nosotros una misma Iglesia. ¡Oh Dios! haced que

en este momento arda mi corazón en deseos de ver á Jesús. Venid, amable Reparador del mundo, venid á cumplir un misterio que es el compendio de todas vuestras maravillas. ¡Ya viene el Cordero de Dios! ¡He aquí la adorable Víctima que abrió las puertas del cielo al género humano!

A la Elevación de la Ostia

Os adoro, oh Cristo Jesús, y os bendigo, porque con la Santa Cruz redimiste al mundo. Señor Vos que habéis padecido por nosotros. Salve, salud, vida y redención nuestra. Oh Dios todopoderoso, oh bondad suprema, oh grande misericordia, oh justicia, oh caridad infinita, oh Padre eterno, veis aquí mi Señor Jesucristo vuestro Hijo amado, al cual os ofrezco en satisfacción de todas mis ofensas, negligencias é ingrati- tudes.

A la Elevación del Cáliz

Os adoro, oh Cristo Jesús, derramando vuestra preciosísima sangre en la cruz. Lavadme, purificadme con ella; abrasadme, embriagadme del exceso de vuestro amor, y penetradme con el dolor que os exprimieron las venas, oh Dios mío.

A la continuación del Cónon

¡Oh Dios de amor que habéis muerto por mí! yo deseo morir en mí por Vos y por vuestro amor. ¡Oh si yo sufriese en las adversidades y contradicciones que me suceden de la suerte que Vos habeis sufrido por mí tantas penas, tantos dolores, tantas injurias y una muerte tan ignominiosa! Oh dulce Salvador, hacedme la gracia de que obedezca siempre vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestras inspiraciones, y á mis superiores. Quitadme, Señor, la desarreglada afición de las cosas de la tierra, para que no ame sino á Vos, y á todas las cosas en Vos y por el amor de Vos.

Al Padre Nuestro

Oh Santísimo Padre que habitáis en los cielos, yo me gozo de vuestra santidad, y os suplico deis la luz de la fe á los infieles, la gracia y caridad á los cristianos, y un fervoroso amor á los justos, á fin de que todos santifiquen vuestro nombre en la tierra, como hacen los bienaventurados en el cielo. Oh Dios mío, enseñadme á hacer vuestra voluntad sin separarme de ella en nada, sino que todo lo haga con la recta intención de agradaros á Vos solo. Oh

Pan de vida, que bajásteis del cielo para dar la vida al mundo, daos á mi, para que yo viva por Vos, en Vos y unido continuamente con Vos. Oh padre amoroso, yo perdono de corazón las ofensas que se me han hecho, para que Vos me perdoneis las de que os soy deudor. Oh padre celestial, mirad como estoy combatida por todos lados de enemigos; yo no rehusó la batalla, puesto que es vuestro gusto; pero ayúdame á conseguir la victoria, que redundará en gloria vuestra. Señor libradme de todo pecado, de vuestra ira, del espíritu de lujuria, de soberbia, de envidia, de avaricia y de todo mal. Amén.

Al Agnus Dei

Dulcísimo Cordero, que borraís los pecados del mundo, tened compasión de nosotros. Inocentísimo Cordero, os pido por los méritos de vuestra pasión y muerte el perdón de todos mis pecados, en cuanto á la culpa y en cuanto á la pena. Mansísimo Cordero de Dios, dadme vuestra paz en este mundo, el dominio de mis pasiones interiores, y vuestra gloria en el otro. Amén.

A la Comunión

¡Que dicha fuera la mía, ó mi amable Salvador, si yo pudiera ser del número de los cristianos á quienes la pureza de conciencia y una tierna piedad les permiten acercarse todos los días á vuestra santa mesa! Cuán provechoso me sería teneros en este instante en mi corazón, tributándoos en él mis homenajes, exponiéndoos mis necesidades, y participando de las gracias que concedéis á los que os reciben sacramentado! Pero, ya que soy indignísima de ello suplid, oh mi Dios, la indisposición de mi alma. Perdonadme todos mis pecados, que detesto y abomino porque os ofenden, y aceptad el sincero deseo que me anima de unirme á Vos. Purificadme con una de vuestras miradas, y permitidme que pueda recibiros ahora espiritualmente. Oh Jesús mío, os creo presente en la Sagrada Hostia, os amo y deseo recibiros. Venid, pues, á mi corazón; me uno con Vos, y os suplico que me hagáis participante de los frutos que la comunión del sacerdote debe producir al pueblo fiel que asiste al santo sacrificio. Aumentad mi fe por la virtud de este divino Sacramento, fortificad mi esperanza, avivad en mí el fuego de l

caridad, y abrasad mi corazón en vuestro amor á fin de que sólo aliente por Vos y en Vos viva. Amén.

A las ultimas Oraciones

Vos oh Dios mió, acabáis de inmolaros por mi salvación; yo á mi vez quiero sacrificarme por vuestra gloria. Soy vuestra víctima; acepto de buena voluntad todas las cruces que os plazca enviarme; yo las bendigo y recibo gustosamente de Vos, uniéndolas á la vuestra. Heme aquí purificada por vuestros santos misterios; propongo huir con sumo horror de la menor mancha de pecado, y sobre todo de aquellos á que me arrastra mi pasión dominante. Con vuestra gracia seré en adelante fiel á vuestra ley, y estoy resuelto á perderlo todo y todo sufrirlo antes que violarla.

A la Bendición

Oh benditísimo Jesús, yo os pido por el amor y dolor excesivo con que extendísteis vuestras manos en la cruz para alcanzarme las bendiciones celestiales que las levantéis ahora para darme vuestra eficaz bendición que me preservará de todo pecado, y así pueda yo recibir en el día del juicio la de vuestros elegidos.

Al último Evangelio

Verbo divino, Hijo único del Padre, luz del mundo descendida del cielo para mostrarnos su camino, no permitáis sea yo semejante á aquel pueblo infiel que rehusó reconocer por el Mesías. Libradme también de la ceguera de tantos infieles que prefieren convertirse en esclavos de Satanás á tener parte en la gloriosa adopción de hijos de Dios que Vos vinisteis á procurarles. Verbo hecho carne, yo os adoro con el más profundo respeto, y pongo toda mi confianza unicamente en Vos, esperando que, habiéndoos hecho hombre á fin de salvar á los hombres, me concedáis las gracias necesarias para santificarme y poseeros por toda la eternidad en el cielo. Amén.

Oración para después de la Santa Misa

Gracias os doy, oh Jesús mío, porque me habéis permitido asistir al santo sacrificio de la misa, y os pido perdón de las faltas que durante la misa he cometido por la disipación y la tibieza con que he permanecido en vuestra presencia. Haced que este sacrificio me purifique de mis pasadas culpas, y me dé fortaleza para preservarme de ellas en lo futuro. Con vuestra bendición, voy

ahora á las ocupaciones á que me llama vuestra voluntad. Todo el día tendré presente la gracia que acabais de concederme, y vigilaré sobre mi misma, á fin de no proferir palabra alguna, ni hacer la menor obra, ni ocupar mi mente con cualquiera idea que pudiese hacerme perder el fruto de la misa que acabo de oír. Así lo propongo, y con el auxilio de vuestra gracia, así espero cumplirlo. Amén.

El Via Crucis y la Santísima Eucaristía

I

Jesús condenado à muerte

¡Y calla!....¡oh admirable silencio, preludio amoroso del silencio eucarístico que por tantos siglos había de continuar Jesús en el tabernáculo! ¿Cuándo sabré yo imitarte, viviendo por lo menos recogida, silenciosa, escondida en la casa de mi Dios, como tu estás por mi amor en el Santísimo Sacramento?

II

Jesús cargado con la cruz

Piadoso Jesús, tu enseñas con la obra lo que ya dijiste con la palabra: «El que quiera venir detrás de mí, tome su cruz y sígame.» Sí oh Dios mío, vengo,

más no tengo fuerza para tomar mi cruz: dámela tu mismo: cada mañana, cuando tengo la fortuna de acercarme á la Mesa eucarística prepara mi pobre corazón para las cruces del día; bendecidas y santificadas por tí, me serán menos pesadas, y yo con amor las llevaré á tu imitación, ¡Oh Jesús!

III

Jesús cae la primera vez

¡Cae, pero luego se levanta con nuevo ardor! Yo también, oh Jesús, he caído; pero no siempre me he levantado con nueva energía. ¡Sin embargo, una mirada al Tabernáculo habría debido bastar para infundirme fuerza y ardor! Oh Jesús, si el cansancio del camino me hace algunas veces vacilar, pensaré en tí, que caído debajo de la Cruz, te levastaste; volaré con el corazón, con la mente y con una mirada á la Hostia sagrada, y volveré á tomar mi camino con calma y tranquilidad.

IV

Jesús encuentra á su Santísima Madre

¿Quién podrá comprender los efectos y los pensamientos de la Madre y del Hijo en aquel doloroso encuentro? Yo también cada día me encuentro con Jesús en el Sacramento del amor. ¿Pero,

cuáles son mis afectos y mis pensamientos? ¡Oh! si ellos emulasen, al menos de lejos, aquellos de la Santa Virgen. María Santísima, prestadme vuestro corazón, vuestros sentimientos, las elocuentes expresiones de vuestro ánimo, cada vez que yo voy al encuentro de Jesús en la Santísima Comunión.

V

Jesús ayudado por el Cireneo

Un extranjero que pasa casualmente ayuda al Salvador á llevar su Cruz; y esto por fuerza: más el mismo Jesús, el amoroso Jesús, se ofrece en el Sacramento eucarístico á ayudarnos á llevar la nuestra: «Venite ad me omnes.» Y yo vengo ó divino Cireneo, vengo cansada bajo el peso de tantas miserias, de tantas luchas, de tantas tentaciones, las depongo á tus piés y de tí imploro la fuerza que me es necesaria para llegar santamente á mi Calvario.

VI

La Verónica limpia el rostro de Jesús

¡He aquí el oficio de tus hijas, ó Jesús! Esta piadosa mujer te conforta, limpiando tu adorable rostro de las salivas, del sudor y de las lágrimas: nosotros también queremos aliviarte oh Jesús, reparando con nuestras adoraciones, con

nuestros obsequios, con repetidos actos de amor, las injurias, y ofensas frecuentes que recibes en el augustísimo Sacramento.

No lo merecemos, oh Señor, pero dignate recompensarnos, imprimiendo más y más en nuestro corazón tu adorable imágen.

VII

Jesús cae la segunda vez

Las dificultades del camino te hacen desgraciadamente volver á caer, ¡oh amoroso Jesús! esto es lo que pasa conmigo cada día, muchas veces al día yo recaigo: sólo que, ansiosa y cansada, humillada y turbada, me llego á tu presencia: me postro, al menos en espíritu, delante del altar y recobro la fuerza, la energía, para vencer la desconfianza, el desaliento, la flaqueza de ánimo, que ya amenazan invadir mi pobre alma!

VIII

Jesús consuela á las piadosas mujeres

Deseoso de consolar nuestras penas, olvidas las tuyas en el camino del Calvario ¡oh piadoso Salvador! y animas á las piadosas mujeres que te siguen llorando! ¿más quién puede decir los consuelos que tu guardas para las almas amantes

que te siguen al altar? ¿Yo, yo misma, no he probado mil veces inefables goces al acercarme á tí, al recibirte sacramentado? Que si ahora no soy digna de semejantes delicias, me humillaré y te seguiré igualmente, oh Jesús: privame aún de tus consuelos, con tal que yo te ame y esté un día contigo eternamente: aún esta dolorosa privación sufriré de buena gana.

IX

Jesús cae la tercera vez

Tu nueva caída, oh Jesús, me hace pensar en las muchas de mi alma inteliz, que á pesar de tus amorosas quejas se duerme en la culpa: aún me hace pensar en aquellas pobres almas que, después de haber gustado las delicias eucarísticas, han vuelto á ofenderte, y yacen miserablemente caídas. ¡Oh Jesús, por los méritos de tu dolorosa caída, haz que se levante mi alma hacia tí y se una contigo para siempre!

X

Jesús despojado de sus vestiduras y forzado á beber hiel y vinagre

Jesús en el Calvario es despojado de sus vestiduras: acción vil y muy humillante, prólogo doloroso de los repetidos sacrilegios que al través de los si-

glos se han renovado en el tabernáculo. ¡Cuantas veces Jesús fué despojado en sus iglesias, robado en sus altares y la santa Hostia misma sacrílegamente escarnecida! ¡Y de qué amargura no han abrevado al pacientísimo Jesús estas acciones bárbaras é ingratas! ¡Misericordia, oh piadoso Señor, misericordia de mi y de todos los culpables!

XI

Jesús enclavado en la Cruz

La pasión continua, crece y llega al colmo; y, en el Santísimo Sacramento, el amor se perpetúa y no disminuye, aunque las profanaciones, las injurias y los sacrilegios se multipliquen: y aquí también, oh Jesús, tú estás en un estado de anonadamiento y de muerte: tú vi- ves, pero por nuestro amor sacrificas toda la apariencia de vida. ¡Oh Jesús, contigo yo quiero morir, y mientras vivo, vivir ligada á tu Cruz, escondida en tu tabernáculo, *vita mea abscondita cum Christo!*

XII

Jesús muere en la Cruz

¡Y cada día místicamente te inmolas sobre el altar! ¡Oh santo sacrificio de la Misa, quien puede decir tu valor, tu eficacia y los benéficos efectos, que tú es-

parces en el Mundo! Mi alma, cada día, y acaso muchas veces al día, está presente al incruento sacrificio: ¡por cuales sentimientos de fé, de agradecimiento y de amor debería ser penetrada! Y sin embargo es siempre la misma; fría, indiferente é ingrata! ¡Mi Dios, perdonadme! Santísima Virgen, inocente Juan, arrepentida María Magdalena, concededme en el Santo Sacrificio, los sentimientos que teniais junto á la Cruz!

XIII

Jesucristo en el regazo de su Madre

Turbada y humillada, yo quiero hacerte compañía. oh María, en los piadosos ejercicios que haces á Jesús: por desdicha mis culpas causaron aquellas heridas: contigo, oh María, yo quiero besar y bañar con lágrimas el adorable cuerpo del Salvador; quiero con repetidas obras de misericordia espirituales y corporales llevarle consuelo y alivio, y tener así algo que ofrecerle en su penosa muerte, cuando vivo y triunfante, viene á mi corazón en la santísima comunión.

XIV

Jesús en el sepulcro

¡No en el frío sepulcro, sino en mi corazón quiero teneros, oh Jesús, en

dulce reposo! ¡Este también, es frío, desgraciadamente, pero por lo menos está animado y desea amarte y compensarte, uniéndose contigo! Oh vida escondida de Jesús en el santísimo Sacramento, cuanta analogía tienes con la humillación, que por nuestro amor, Jesús sufrió en su sepultura: Un Hombre-Dios bajado á la tierra! ¡aniquilado! Un Hombre-Dios vivo y glorioso, escondido, oculto bajo las apariencias de pan, en una oscura prisión; y como si ello no bastase, más humillado, más anonado, helo aquí en mi corazón en esta prisión aún más estrecha! Jesús cambia mi corazón: que sea al menos tan nuevo como el sepulcro de José de Arimatea!

Adoración de las cinco llagas de Jesús Crucificado

A la llaga del pié izquierdo

Adórote, llaga santísima del pié izquierdo de mi Señor Jesucristo; y por la sangre que por ella derramaste, te suplico benignísimo Salvador mío, me concedas viva fé y perdones los malos pasos y movimientos de mi vida disipada.

Padre nuestro, Ave María, y Gloria Patri.

A la llaga del pié derecho

Adórote llaga santísima del pié derecho de mi Señor Jesucristo, y por el dolor que en ella padeciste, te suplico dulcísimo Redentor mio, traspases mi alma con el clavo de tu santo temor, concediéndome una firme esperanza y la gracia de andar siempre recto por el camino real de tu santa ley.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria Patri.

A la llaga de la mano izquierda

Adoro, amantísimo Jesús mío, la llaga de la mano izquierda, y te doy gracias de haberla sufrido por mi amor. Concédeme por la sangre que de ella derramaste, una caridad ardiente, y perdóname las ofensas que te hice con mis perversas acciones, palabras y sentidos.

Padre nuestro, Ave María Gloria Patri.

A la llaga de la mano derecha

Adoro, pacientísimo Jesús, la llaga sacratísima de tu mano derecha, y por los tormentos que en ella padeciste por mi amor, te suplico me perdones el mal uso que hice de mis potencias, y me otorgues la gracia de estar en el juicio final á tu mano derecha, con los esco-

gidos. Padre nuestro Ave María Gloria Patri.

A la llaga del pie derecho

Adórote, llaga amorosísima del costado de Jesús; ¡quién pudiese morar siempre en ese asilo sagrado, en ese divino Corazón en quien descansan los Escogidos! Por la sangre y agua preciosa que salió de ese costado abierto con una lanza por mi amor, y por el agudo dolor que atravesó el corazón de tu amantísima Madre, concededme, Señor, la perseverancia final, y penetra mi corazón de los nobles afectos que animaban á tu divino corazón.

Padre nuestro, Ave María, Gloria Patri.

V. Adoramuste, Christe, et bendicimus tibi.

R). Quia per crucem tuam redimiste mundum.

Oremus

Respice quiae sumus domine super hanc familiam tuam pro qua Dominus noster Jesu Christus non dubilitavit manibus tradi nocentium et crucis subire tormentum. Qui tecum vivit et regnat, etc.

OFICIO PARVO

DE LA

Inmaculada Concepción



POR EL

✦ **BEATO** ✦

✦ *Alfonso Rodríguez* ✦

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

A Maitines y Laudes

V. Labios míos, cantad de noche y día.

R. Las grandes alabanzas de María.

V. Señora, á mi favor y amparo atiende.

R. Y de mis enemigos me defiende.

Gloria sea al padre eterno,

Gloria al hijo soberano,

Y por siglos infinitos

Gloria al Espiritu Santo.

Himno

Salve, del mundo Señora,

Salve, de los cielos Reina,

Virgen de vírgenes pura,

Salve matutina estrella.

Salve, la llena de gracia,

Luz divina clara y bella,

Al socorro de los hombres

Ven Señora, ven apriesa.

Dios te escogió para Madre

De aquella palabra eterna,

En quien y por quien produjo

Aire, Cielo, mar y tierra.
Y así liberal te adorna,
Como á Esposa suya tierna,
En quien del hombre primero,
No cayó la culpa fea.

V. Fué escogida de Dios y preservada.

R. Dándole habitación en su morada.

V. Oye, Virgen mis ruegos y suspiros.

R. Y llegue mi oración á tus oídos.

Oración

Santa María, reina de los cielos, Madre de nuestro Señor Jesucristo y Señora del mundo, que á ninguno desamparas ni desechas, mírame, Señora, benignamente con ojos de piedad, y alcánzame de tu Hijo perdón de todos mis pecados, para que yo, que con devoto afecto celebro ahora tu santa Concepción, reciba después el galardón de de la Bienaventuranza, concediéndome el mismo á quien pariste, quedando virgen. Jesucristo Nuestro Señor, que con el Padre y Espíritu Santo vive y Reina en Trinidad perfecta por todos los siglos de los siglos. Amén.

V. Oye, Virgen, mis ruegos y suspiros.

R. Y llegue mi oración á tus oídos.

Bendigamos al Señor,
Gracias á Dios bienhechor;
Y las almas de los fieles,
Por su piedad sempiterna
Gocen de la gloria eterna.

A Prima

V. Señora, á mi favor y amparo
atiende

R. Y de mis enemigos me defiende
Gloria sea al Padre Eterno,
Gloria al Hijo Soberano,
Y por siglos infinitos,
Gloria al Espíritu Santo.

Himno

Dios te salve, sábia Virgen,
Casa de Dios dó se hallan
Siete columnas de dones
Y un aparador de gracias.
De toda infección de culpa
Altamente preservada,
Antes santa que nacida,
En el mismo vientre de Ana.
Tu eres Madre de vivientes,
De los Santos puerta Santa,
De Jacob estrella, y Reina
De la angelical escuadra.
Pues eres al enemigo
Escuadrón que le acobarda,
Sirve de puerto y refugio
A los fieles que te llaman.

V. Fórmola Dios en gracia y sin pecado

R. Y prefirióla á todo lo criado.

V. Oyé, Virgen, mis ruegos y suspiros

R. Y llegue mi oración á tus oídos.

Oración

Santa María, Reina de los cielos, Madre de nuestro Señor Jesucristo, etc.

V. Oye, Virgen mis ruegos y suspiros,

R. Y llegue mi oración á tus oídos.

Bendigamos al Señor,
Gracias á Dios bienhechor;
Y las almas de los fieles
Por su piedad sempiterna
Gocen de la gloria eterna.

A Tercia

V. Señora, á mi favor y amparo, etc.

Himno

Salve, arca del Testamento,
Trono del Real Salomón,
Iris de la paz del mundo,
Zarza que no se abrasó.

Vara de José florida,
Blanca piel de Gedeón,
Puerta cerrada á la culpa,
Panal que Samsón halló.

Fué sin duda conveniente,
- Que el Hijo que lo es de Dios

Librase de aquella mancha
De quien Eva fué ocasión
A la que por Madre suya
Con propiedad escogió,
No permitiendo en su pecho,
Ni mancha ni imperfección.

V. En la alteza mayor mi casa tube:

R. Y de trono me sirve hermosa nube

V. Oye, Virgen mis ruegos, etc.

Oración

Santa Maria, Reina de los cielos,
Madre de nuestro Señor Jesucristo, etc.

V. Oye, Virgen, mis ruegos, etc.

Bendigamos al Señor, etc.

Á Sexta

V. Señora, á mi favor y amparo etc.

Gloria sea al Padre Eterno, etc.

Himno

Dios te salve, Virgen Madre

Templo de la Trinidad,

Gozo de los Serafines,

Retrato de puridad.

Refugio del afligido,

Huerto dó el deleite está,

Palma de paciencia, y cedro

De inviolable castidad.

Tu eres la tierra bendita

Del tribu sacerdotal,

Sauta siempre y siempre libre

De la desgracia de Adán.

Ciudad donde Dios habita,
Por cuya puerta oriental,
Todas las gracias entraron
En ti, Virgen singular.

V. Como entre espinas azucena hermosa.

R. Es entre todas mi querida esposa.

V. Oye, Virgen, mis ruegos, etc.

Oración

Santa María, Reina de los cielos, Madre de nuestro Señor Jesucristo etc.

V. Oye Virgen mis ruegos, etc.

Bendigamos al Señor etc

A Nona

V. Señora, á mi favor y amparo, etc.

Gloria sea al Padre eterno, etc.

Himno

Salve, Ciudad de refugio,
Y torre bien guarnecida,
Donde sus armas y escudos
El gran David deposita.

En tu Concepción saliste
De caridad encendida,
Y así del dragón soberbio
Quebrantaste la malicia.
Verdadera mujer fuerte,
Casta Judit no vencida,
Abigail que al verdadero
David en su seno abriga.

Fué del Salvador de Egipto

Madre Raquel por su dicha;
Pero al Salvador del mundo,
Trajo en su vientre María.

V. Tu eres hermosa, amada mía

R. Y mancha no hay en ti, bella

María

V. Oye, Virgen, mis ruegos,

Oración

Santa María Reina de los cielos,
Madre de nuestro Señor Jesucristo, etc.

V. Oye Virgen, mis ruegos, etc.

Bendigamos al Señor, etc.

A Vísperas

V. Señora, á mi favor y amparo, etc.

Gloria sea al Padre eterno, etc.

Himno

Salve Reloj, donde el sol,

Atrás volvió su carrera

Diez líneas, para que el Verbo

Tomase la carne nuestra.

Porque los hombres subiesen

De lo bajo á suma alteza,

Quiso ser menos que el Angel

De Dios la bondad inmensa.

Tanto de este sol los rayos,

En María reverberan,

Que en su concepción dichosa,

Luciente Aurora se muestra.

Lirio, que libre de espinas,

Quiebra al dragón la cabeza,

Y hermosa luna que á todos
De noche el camino enseña.

V. A luz saqué la luz del mismo cielo,

R. Y cubrí como nube todo el suelo,

V. Oye, Virgen, mis ruegos, etc.

Oración

Santa María, Reina de los cielos,
Madre de nuestro Señor Jesucristo etc.

V. Oye, Virgen, mis ruegos etc.

Bendigamos al Señor, etc.

A completas

V. Señora, por tus ruegos aplacado,

R No nos muestre Jesús el rostro
airado.

V. Señora, á mi favor y amparo etc.

Gloria sea al Padre Eterno, etc.

Himno.

Salve, Virgen floreciente,

Y Madre de Dios intacta,

Por Reina de la clemencia,

Con estrella coronada.

Más que los Angeles todos

Pura, limpia, inmaculada.

Que en la diestra de tu Esposo

Brocados vistes de gracia.

Por ti (de la gracia Madre,

De afligidos esperanza,

Luciente estrella del mar,

Puerto que al náufrago amparas,

Patente puerta del cielo,

Salud que al enfermo sanas)
Veamos al Rey tu Hijo
En la corte soberana.

V. Buen olor derramado es, Virgen
pura,

R. Tu nombre, y todos aman tu her-
mosura.

V. Oye, Virgen, mis ruegos, etc.

Oración

Santa María, Reina de los cielos,
Madre de nuestro Señor Jesucristo etc.

V. Oye, Virgen, mis ruegos, etc.

Bendigamos al Señor, etc.

Ofrecimiento

Con humildad te ofrecemos,

Virgen generosa y pia,

Estas horas dedicadas

A tu Concepción divina,

Haz que el paso enderecemos,

Con próspero fin en vida,

Y en la muerte nos ampara,

Oh dulcísima María. Amén.

Antífona

Esta es la vara en la cual no hubo el
nudo de la culpa original, ni la corteza
de la culpa actual.

V. En tu Concepción, oh Virgen, In-
maculada fuiste.

R. Ruega por nosotros al Eterno
Padre, cuyo Hijo pariste.

Oración

Señor y Eterno Padre, que por la Inmaculada Concepción de la Purísima Virgen María preparaste digna morada á tú Eterno Hijo: suplicámoste, que, así como la preservaste de toda mancha y culpa original, por haber previsto la muerte de su Hijo y tuyo, así también nos concedas, que mediante su intercesión, lleguemos puros sin ninguna mancha á tu divina presencia. Lo cual te suplicamos por el mismo nuestro Señor Jesucristo, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

V. Toda eres hermosa, María,

R. Y no hay mancha alguna en ti,

V. Tú eres gloria de Jerusalén

R. Tú eres alegría de Israel.

V. Tú eres el honor de nuestro pueblo,

R. Y la abogada de los pecadores

V. Oh María, Virgen prudentísima!

R. Oh María, Madre clementísima!

V. Ruega por nosotros,

R. Intercede por nosotros, con Jesucristo nuestro Señor.

Antifona

Tu Concepción, Virgen Madre de Dios, anunció el gozo para todo el mun-

do; pues de ti ha nacido el sol de justicia Cristo Dios nuestro, el cual quitándonos la maldición, nos dió la bendición, y venciendo á la muerte, nos dió la vida eterna.

V. En tu Concepción, oh Virgen Inmaculada fuiste.

R. Ruega por nosotros al Eterno Padre, cuyo Hijo pariste.

Oremos

Dios que preparaste digna habitación á tu Hijo por la Inmaculada Concepción de la Virgen, te rogamos, que así como por la previsión de la muerte de tu Hijo, la preservaste de toda mancha, también á nosotros, por su intercesión purificados, nos concedas que vayamos á ti. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo Señor nuestro. Amén.

Oración para antes de la confesión

Acto de Fe

Dios mío, creo firmemente que por los méritos infinitos de mi Salvador, y en virtud de la potestad que ha conferido á los Apóstoles y en su persona á N. S. Padre el Papa, á los obispos y sacerdotes, de aplicarlos á todos los cristianos arrepentidos, que el sacramento

de la penitencia que voy á recibir, me dará la gracia santificante si la hubiere perdido, ó me la aumentará si aún la conservare, siempre que yo lo reciba con las disposiciones necesarias. Lo creo con todas mis fuerzas, y tanto, que nada en el mundo, ni la persecución, ni la muerte podrán arrancarme esta creencia, porque está fundada en la divina palabra de mi Señor Jesucristo. «A los que perdonaréis los pecados perdonados le son». Oh! María, concebida sin pecado, alcánzanos la gracia de conseguir los frutos de vida de este divino sacramento.

Acto de Reconocimiento

Oh! Jesús mio, agonizando en el jardín de los olivos; yo os adoro cuando vuestra alma anegada en un mar de amargura, estaba abrumada bajo el peso de los pecados del mundo y tomando el lugar del pecador, habéis aceptado y bebido el cáliz amargo que os presentaba vuestro Padre, y muerto por nosotros. ¡Muerto en una cruz, clavando y coronado de agudas espinas! ¡Oh, Dios mío, qué tormento y qué amor!

Por estos indecibles tormentos habeis arrancado al hombre del infierno y de-

vuéltole sus derechos al cielo; más no es esto todo. Vuestra divina sabiduría, movida por nuestra bondad inmensa, después de haber salvado al hombre de la muerte eterna, mereciéndole la gracia del bautismo, que le regenera una vez, le ha proporcionado nuevos medios de salvación, instituyendo el sacramento de la penitencia.

¿Qué os volveré, Dios mío, por tantos beneficios? ¡No obstante mis infidelidades, estais siempre dispuesto á recibirme, á darme el beso de paz! Como en otro tiempo esperábais á la Samaritana en el pozo de Jacob, así teneis siempre los brazos abiertos para acogerme y perdonarme. ¡Ah, Señor! soy criminal, muy criminal; empero voy á confesar mis pecados delante de vos con corazón contrito y humillado; y segura de no ser arrojada de vuestra presencia, os doy gracias por la infinita clemencia que os ha hecho instituir este sacramento regenerador, tan indispensable á la fragilidad humana.

Virgen Santísima, Madre tierna y misericordiosa, infundid en mi corazón los vivos sentimientos de dolor y penitencia, que cambian en santo á los pecadores.

Aquí se hará el examen siguiente:

Confesiones precedentes.—Si se ha olvidado algo en ellas. Si no se ha examinado suficientemente... Si ha ocultado, callado ó encubierto algo. Si no se ha acusado de las faltas con sencillez. Si no se ha excitado á la contrición. Si no se la ha pedido á Dios. Si no ha cumplido la penitencia...

Comuniones.—Si ha comulgado sin preparación, si no ha dado gracias con devoción, si en las comuniones no se ha propuesto la enmienda de las faltas y la adquisición de las virtudes; si ha hecho comuniones sacrílegas...

Mandamientos de Dios 1.º—Si no ha hecho la oración mañana y noche; si las ha hecho de corrido, sin recogimiento y con disipación. Si no ha sido puntual en dirigir sus pensamientos á Dios en despertando. Si no ha rezado el Rosario ó si lo ha rezado mal ó si ha impedido á otros que lo recen. Si no ha hecho examen cada día y no procuró enmendarse de las faltas. Si no ha dirigido al Señor las acciones del día. Si al levantarse no se ha puesto bajo la protección de su celestial Madre y del Angel de la guarda. ¿Que atención ha prestado á los sermones, pláticas y amonestaciones pia-

dosas?.... ¿Los ha puesto en ridículo á causa de la persona que los hacía ó porqué incomodaban al genio ó al amor propio?....

Si ha pasado un tiempo considerable sin hacer actos de fé, esperanza y caridad. Si se ha detenido en dudas contra la fé. Si ha tomado parte en conversaciones contra la religión, las personas ó las cosas consagradas á Dios; si las ha puesto en ridículo ó burlado. Si ha dado fé á prácticas supersticiosas. Si ha hecho uso de medios prohibidos por la Iglesia para averiguar el porvenir. etc.

2.º Mandamiento.—Si ha pronunciado el santo nombre de Dios sin respeto. Si ha proferido juramento ó palabras semejantes. Si ha diferido ó descuidado de cumplir los compromisos sagrados del santo Bautismo, entregándose sin reserva á las modas excesivas ó inmodestas, ó buscando las ocasiones peligrosas del pecado, como bailes y teatros y las concurrencias puramente mundanas; Si no ha cumplido las promesas hechas.

3.º Mandamiento.—Si ha faltado á la santificación del Domingo y días de fiestas, trabajando ó haciendo trabajar. Si, sin causa grave, ha faltado á la asis-

tencia de la misa; si no ha procurado que los sirvientes, etc., asistan; si ha estado en ella voluntariamente distraída, interior ó exteriormente, volviendo la cabeza á uno ó á otro lado; si ha hecho distraer á las otras. Si ha conversado en la Iglesia. Si no ha procurado hacer algunas buenas obras para santificar el día de fiesta ó, si al contrario lo ha empleado todo en diversiones...

4.º *Mandamiento*.—Si ha desobedecido á sus padres, á sus maestras, á sus superiores, á sus mayores... Si les tiene aversión ó rencor; si los ha ridiculizado ó ha hablado mal de ellos.

5.º *Mandamiento*.—Si ha tenido aversión al prójimo; si le ha deseado mal; si ha hecho reprender á otros para vengarse; si ha escandalizado al prójimo con acciones, con palabras, con trajes indignos de una cristiana y mucho más de una Hija de María. Si ha apartado á alguien del bien ó de las prácticas de piedad. Si ha dado malos consejos.

6.º y 9.º *Mandamiento*.—Si se ha detenido voluntariamente en malos pensamientos y deseos. Si los ha escuchado largo tiempo... ¿cual era su fin?.. Si ha cometido alguna acción indigna impropia...

Se examinará sobre las amistades, las compañeras, las personas, los lugares, las lecturas que puedan haber sido ocasión de pecado.

7.^o y 10.^o *Mandamiento*.—Si retiene algún objeto que pertenece á otro, si lo desea poseer injustamente. Si conserva cosas halladas. Si ha inducido á otros á tomar lo ajeno, ó si lo ha tomado ella misma. Si ha recibido ó hecho regalos sin permiso de sus padres, ó sin licencia, ó recibido de quien no tenía facultad de hacerlos, como de otra compañera, etc.

8.^o *Mandamiento*.—Si ha calumniado al prójimo. Si ha descubierto sus defectos á quien no podía remediarlos, ni corregirlos. Si ha escuchado con placer las maledicencias ó las murmuraciones. Si ha hecho juicios temerarios. Si ha tenido sentimientos de celos, de envidia, deseos de venganza. Si ha introducido la división con chismes falsos. Si ha dicho mentiras jocosas, oficiosas ó perniciosas.

Mandamientos de la Iglesia.—Si ha faltado á la abstinencia cuando estaba obligada. Si en los días de ayuno ha mezclado carne y pescado. Si cuando la obligaba el precepto no lo ha cumplido. Si ha faltado á la santificación de las fiestas.

Pecados capitales.— Si se ha estimado á sí misma por su figura, por su traje, por sus riquezas, por su talento, por su rango ó por su nacimiento. Si prefiriéndose á sí misma, ha menospreciado á los otros. Si se ha avergonzado de sus padres ó de sus parientes. Si ha hecho las obras por vanidad ó por agradar á los demás. Si tiene apego desordenado á los bienes de este mundo. Si es dura para con los pobres... Si se ha entristecido del bien, ó del mérito de otros; si ha procurado rebajarlo; si se ha alegrado del mal que les ha sucedido. Si ha cometido excesos en la comida ó bebida, ó al contrario, si cuando ésta no era de su gusto, ó por otro motivo, la ha desechado. Si murmura ó se deja llevar de arrebatos. Si se queda en la cama por pereza. Si pierde el tiempo durante el estudio, la clase ó las labores, etc. Si emplea su tiempo en bagatelas. Si permanece ociosa. Si hace perder el tiempo á las demás.

Defecto dominante.— ¿Conoce cuál es?.. ¿Qué faltas le hace cometer?.. Hace esfuerzos generosos, constantes, para combatirlo?..

Acto de Contrición

¡Cuántas veces, Señor, no he abusado

de vuestras gracias! ¡En cuantas ocasiones no me he servido de vuestros beneficios para ofenderos! He renovado los tormentos de vuestra santa pasión; he hecho verter lágrimas á María; he mentido á mis promesas tantas veces renovadas! ¡He olvidado vuestra santa presencia y obrado el mal delante de vos! ¡Ah Señor! Vos que conocéis el fondo de las conciencias y véis las cosas antes que se piensen y ejecuten, ¿qué véis en la mía? Miserias de toda suerte, infidelidades, ingraticudes é inconstancias.

Visto el estado de mi conciencia, me avergüenzo de mi misma y no me atrevo, ¡oh Dios mio! á levantar la vista hacia vos; pues si sois tan bueno y amable, estais justamente irritado contra vuestra hija culpable. ¿Qué haré pues?.. Imploraré á María mi amantísima Madre, la Madre de misericordia; me arrojaré en sus brazos y la pediré perdón, suplicándola que me lo alcance del Señor.

Tierna Madre de los pobres pecadores, tened piedad de mí. Tengo un verdadero dolor de haber ofendido á Jesús vuestro divino Hijo. Habladle en mi favor, ¡oh Vos que sois tan indulgente y misericordiosa! No quiero ofenderle más; no quiero desagradaros á vos!

Perdón, Dios mío! ¡Dulce Madre mía, perdón!.. Alcanzadme el dolor de la Magdalena al pié de la cruz, el dolor del buen ladrón; vuestro propio dolor, oh María!

(Continuar este acto de contrición, meditando la gravedad de la injuria que el pecado hace á Dios; la monstruosa ingratitud de que nos hemos hecho culpables ofendiéndole, no obstante tantos beneficios y gracias recibidas: la bondad de María, que se digna servirnos de medianera; las ventajas de la confesión frecuente, que proporciona medios útiles para corregir nuestros defectos, impidiendo que el alma se duerma en ilusiones y pereza espiritual. Por fin, postrarse á los pies de un Crucifijo, é implorar de su clemencia se digne lavar con su preciosa sangre todas las manchas que el pecado ha hecho en nuestras almas, persuadidas intimamente de que no alcanzaremos el perdón sin una verdadera contrición y el firme propósito de evitar el pecado.

Acercarse al confesionario penetrada de estos sentimientos, y continuar, mientras llega el momento de la confesión, manteniendo en el corazón la contrición y el fervor, como si debiéramos morir

al salir del tribunal y comparecer delante del divino Juez. Además, nadie sabe el día ni la hora de este juicio tremendo.

Oración para después de la confesión

Acción de gracias y de buen propósito

Cuando María Magdalena oyó de la divina boca del Señor, que le habían sido perdonados sus pecados, se levantó llena de alegría; pero desde tan feliz instante no cesó de dar gracias á Dios, de probarle su amor y reconocimiento. Así voy á obrar, Dios mío, oyendo pronunciar en mi favor esta divina palabra. Yo os absuelvo, á la que solamente vos podéis hacer eficaz he saltado de alegría, y volveré á saltar de gozo persuadida de que me habeis perdonado!... ¡Perdonada!... ¿Es verdad esto?... Entrada en el santo tribunal esclava de Satanás, si hubiese tenido la desgracia de cometer un pecado mortal, heme, después de una acusación sincera, hecha con corazón contrito y humillado, reconciliada con mi Jesús, mi Salvador, heredera del cielo; hija amada de María, mi dulcísima Madre. ¡Oh, María, qué pro-

digio!... Ayudadme á dar gracias á Dios, como me habéis ayudado á pedirle misericordia. O más bien, dadle vos gracias por mí, alabadle por mí, haced que los Angeles, cuya Reina sois, canten por mí las alabanzas que al eterno Padre debo; yo me confío y entrego á vos, como á Madre tierna y clemente, que os encargais de pagar las deudas de vuestra hija y queréis satisfacerlas por ella.

Acto de propósito

Poco sería, Madre mía, si solamente diera á Jesús mi acción de gracias por la gran misericordia que acaba de hacerme.

Como María Magdalena, quiero emplear todos los días de mi vida en servirle y amarle: enseñadme este culto de reconocimiento y amor, enseñadme á permanecerle fiel. Ya no más ligereza, disipación y negligencia: ya no más envidia, murmuración y vanidad; ya no más sentimientos que alteren la pureza de mi corazón; no oh divina Madre mía! ya nada que pueda desagradar á mi Jesús. Yo me pongo bajo vuestra dirección; tendré constantemente fijo los ojos en vos; no haré obra alguna sino con vos y por vos, segura pues, de agradar

á mi dulcísimo Salvador, que acaba de rociar con su preciosa sangre mi alma, para purificarla, santificarla y salvarla.

Escuchad mi oración, Virgen santa; os doy mis ojos, oídos, boca, corazón, mi ser todo entero; aceptadlos, defendedlos como vuestro bien y vuestra propiedad. Amén.

La contrición y la confesión son las dos primeras partes esenciales del sacramento de la penitencia, hay otra no menos esencial, tal es la satisfacción, ó penitencia impuesta por el confesor, la cual ha de cumplirse necesariamente en el tiempo y forma, que ha sido impuesta; faltar en esto es renunciar el efecto del sacramento, y cuando menos arriesgarlo. Lo mejor, como ya lo tenemos recomendado, es cumplirla pudiendo antes de salir de la Iglesia ó capilla. Si por casualidad se olvidase el cumplirla, en este caso debe humilde y contritamente declararlo en la siguiente confesión.

Deben retirarse silenciosas, conservando en el corazón los avisos y consejos que hayan recibido y procurar ponerlos en práctica, considerándose como obligadas en conciencia á seguirlos fielmente, y á conservar por todos los me-

dios imaginables la gracia del sacramento, llevando una vida más pura y conforme á la de la Santísima Virgen.

Acto de Fé y Esperanza

Dios mío, yo creo firmemente que la divina Eucaristía, que voy á recibir, contiene real y verdaderamente el cuerpo, sangre, alma y divinidad de mi Señor Jesucristo; que Jesucristo, Dios y Hombre en una sola persona, va á unirse á mí por la sagrada comunión. Yo lo creo, Dios mío, y nada podrá quebrantar mi fé, ni separarme de vos. Y espero que, viniendo á mi corazón, lo llenaréis de vos mismo, lo santificaréis, sustituiréis vuestra vida á la mía, de suerte que pueda yo decir con verdad: Ya no soy yo quien vive, es Jesucristo quien vive en mí. ¡Oh Jesús, Salvador mío, vivid en mí, como vives en María por la práctica de todas las virtudes!

Acto de amor y de ofrenda

¿Qué puedo hacer, Dios mío, sino manifestaros mi amor? Yo os oigo responderme: Renúnciate á tí misma, toma tu cruz y sígueme. Si, Señor, consiento en ello, lo acepto, pronta estoy á todo sin reserva, y para probaros la sinceridad de mis promesas y deseos, os ofrezco todo lo que soy y puedo ser, abrazo

gustosa las cruces que os dignéis enviarme, y uniéndolas á las vuestras, quiero llevarlas con el valor de sierva verdadera de Jesús crucificado. Más nada puedo sin vos, Dios mío; venid á mi alma para alimentarla y fortificarla.

Dadme, dulcísimo Salvador mío, el valor, la generosidad, constancia y fidelidad de María, á fin de que nada pueda rehusaros á vos que os dais todo á mí.

Acercándose al altar

Acto de adoración y humildad

Dios mío, os adoro en la Sagrada Hostia con todo el respeto de que soy capaz; me uno á las oraciones de los Angeles que os rodean, y los homenajes que María os tributa en el cielo, y confieso humildemente que soy indigna de recibirlos; más decid una palabra, y mi alma será sana y salva.

¡Oh María inmaculada! vaso insigne de devoción, llevadme vos misma a Jesús, llamad á este divino Salvador para que se hospede en el corazón de esta pobre sierva.

Después de la sagrada Comunión

Acción de gracias

En la acción de gracias después de la comunión, la Hija de María se unirá á su augusta Madre, considerando que

tiene la gloria de poseer en su corazón al mismo Dios que la Virgen inmaculada llevó nueve meses en su casto seno, y recibió más tarde con indecible amor en la Eucaristía Inflammada de estos pensamientos, tributará al Señor los mismos homenajes y adoraciones, el mismo amor que María les ofreció.

Es bueno saber que en la acción de gracias, después de la comunión, como para la preparación, es más saludable abandonarse á las inspiraciones del Espíritu Santo, que leer los actos hechos en los libros. Solamente cuando se siente uno árido y frío debe recurrir al libro para meditar y enardecerse con los pensamientos y reflexiones que suministran. Y así en este caso es preciso considerar y detenerse en cada acto, con el fin de apropiarlos al estado de nuestra alma.

Sentimientos después de la sagrada Comunión

La recitación y meditación del Magnificat es una excelente acción de gracias, especialmente si nos penetramos bien de los sentimientos que animaban á la beatísima Virgen cuando improvisó este admirable cántico que los santos llaman el éxtasis de su humildad.

• ¡Silencio, alma mía, es Jesús!.... Jesús,

el Santo de los Santos, el Sol de Justicia, el Rey de la gloria, el Cordero sin mancha, mi todo mi vida, mi esperanza.

No tengo palabras para alabaros, ¡oh soberano bien mío! sin voz para daros gracias en vuestra divina presencia, sólo puedo adorar; y no cesar de adorar y amar en el silencio de mi corazón. Yo os adoro, pues, ¡oh dulce Jesús mío! me uno á María, á José, cuando os tributan adoraciones y culto en el establo; á los ángeles cuando por los aires cantaban vuestras divinas alabanzas, á los pastores cuando os contemplaban envuelto en pañales, sobre la paja. Mi alma es un establo, aún más pobre; mi corazón un pesebre más fino; empero yo ruego á María, mi Madre inmaculada, que los anime con su presencia y ella misma os dé todo el culto, amor y ternura que mi incapacidad y flaqueza no saben daros.

¡Oh Jesús! yo me postro á vuestros pies con María Madaglena; os adoro en mi corazón como en el trono de vuestra misericordia: os contemplo, veo y siento que sois vos! Quedaos conmigo, y que jamás me separe de Vos por ninguna inconstancia ó falta voluntaria. Toda mi dicha la cifro en poseer-

ros; todo en vuestra presencia lo olvido, y no veo ni siento más que a vos. ¡Ah, y que cortos son estos instantes! Parecen brillantes relámpagos, que luego me dejan en mi oscuridad y frialdad, haciéndome conocer mi profunda miseria. ¡Hace tanto frío en la tierra que vos nos calentáis!....

¡Oh Dios mio! morad en mí; aún cuando no sea más que por vuestra gracia santificante; amadme, dilatad mi corazón, abrasadlo de vuestro divino amor. Sed mi vida y sostén, ¡oh Jesús mio! que no estorbe vuestros movimientos y operaciones, estad en mi espíritu; para ilustrarle é infundirle una verdadera inclinación á las cosas divinas; en mi voluntad para dirigirla y unirla á la vuestra; en mi memoria, para grabar en ella vuestros beneficios; en mi corazón, para que sólo ame lo que Vos amáis; en mis ojos, boca, lengua oídos, y en todas mis peticiones y facultades, para que las consagre exclusivamente á vuestro servicio y gloria, y jamás para ofenderos.

Acto de petición y resolución

Ahora, dulcísimo Salvador mio que acabo de tributaros mis humildes homenajes, dignaos escucharme clemente, y

otorgadme el favor que os pido. Fijad vuestra mirada en vuestra Iglesia, y compacido del estado afflictivo en que se encuentra humillad y convertid á sus enemigos, dad á vuestra Esposa santa el triunfo que le habéis asegurado. Fortificad y proteged al Soberano Pontifice, padre de todos los fieles y vuestro representante en la tierra; morad en su corazón, y hablad por sus labios: dirigid, poseed y santificad á los dignos ministros encargados de enseñar vuestra doctrina, defender vuestros intereses y procurar vuestra gloria. Derramad también vuestras bendiciones sobre mis parientes y maestras, y sobre los que me hacen bien y desean hacérmelo; sobre mis queridas compañeras á quienes quiero edificar en adelante; finalmente, Dios mío sobre todas las almas que sufren en la tierra tantos males corporales y espirituales, y muy especialmente sobre las que están muertas á la gracia. Estas son más dignas de compasión ¡oh Jesús mío! y por eso os ruego por ellas particularmente. Dirigid, así mismo, una mirada compasiva hacia las pobres almas del Purgatorio, que tanto sufren por estar lejos de vos, privadas de la contemplación de vuestra infinita belle-

za. Son vuestras amigas, libertadlas; que esta comunión les aproveche, refrigere y liberte, Os lo suplico con todo mi corazón: ¡Jesús mío, oídmel

Antes de retirarme para cumplir vuestra voluntad, empleándome eu las ocupaciones que me asignáis, recibid mis promesas, Señor. Las hago á vos que vivís en mí; y en la dulce presencia de María mi tierna Madre; de mi Angel custodio, que me oye, de todos los santos Angeles, que os adoran en mi corazón, admirando vuestra misericordia y anonadamientos.

Os prometo pues, ¡oh Jesús mio! que pensaré hoy, mañana y todos los días en la gracia inmensa que me habéis hecho, de venir para habitar en mi corazón tan cargado de miserias, y llenarlo de vuestros dones y tesoros. Mirando la desgracia de perderos como el único mal verdadero, haré todo lo posible por conservar vuestra gracia santificante, lo cual no es otra cosa que Dios viviendo en nosotros; con este objeto, evitaré vigilantemente todo lo que pueda desagradaros y con especialidad las faltas de mi defecto dominante (se nombrará aquí con contrición y firme propósito de la enmienda); y manteniéndome siempre

en vuestra presencia, trabajaré con María, mi santísima Madre, oraré, pensaré, y amaré con ella y por ella, segura de agradaros, ¡oh dulce Jesús mío! y de ejecutar todas mis acciones en vuestro amor.

¡Jesús dulce y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro!

¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotras, que hemos recurrido á vos!

Empleando el tiempo suficientemente en dar gracias, os retiraréis guardando el mayor recogimiento posible para evitar que la disipación os haga perder las gracias que acabais de recibir.

Es muy esencial que os acordéis frecuentemente de este beneficio inefable, para atestiguar vuestra gratitud por todos los medios á vuestros alcance. Pedid á la Virgen Santísima que os envíe buenos y santos pensamientos, y no perdais ninguna ocasión de ofrecer á nuestro Señor Jesucristo algunas mortificaciones y sacrificios con el fin de volverle amor por amor y de conseguir la gracia de comulgar más amenudo. En este día sobre todo, practicad el silencio como excelente guardián de la gracia de Dios en las almas.

Oración de San Ignacio

Después de la Comunión

Alma de Jesús, santificadme; Cuerpo de Jesús, embriagadme; Agua del Costado de Jesús, purificadme. ¡Oh buen Jesús! escuchadme. En vuestras llagas ocultadme. no permitáis que me separe de vos. Defendedme del espíritu maligno. Llamadme á la hora de mi muerte. Ordenad que vaya á Vos; á fin de que os bendiga con vuestros elegidos, por los siglos de los siglos. Así sea.

Indulgencias.—300 días cada vez y 7 años si se reza después de la comunión.

Otra oración de San Ignacio

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad, todo cuanto tengo y poseo: Vos me la distéis: á vos Señor, lo devuelvo. Todo es vuestro: disponed de ello á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

Oración para los días de Comunión

Heme aquí dulcísimo Jesús mío, que humillado me postro ante tu divina presencia; y con el más encendido fervor te pido imprimas en mi corazón vivos sentimientos de fé, esperanza y caridad, verdadero dolor y arrepentimiento de mis pecados y eficaz propósito de la enmienda; mientras con el mayor afecto y compasión de que mi alma es capaz, voy considerando y meditando las cinco llagas, teniendo á la vista lo que de tí cantaba el santo Profeta David.

Traspasaron mis pies y manos y contaron todos mis huesos.

Pío VII en 10 de Abril de 1821 concedió indulgencia plenaria, aplicable á una alma del Purgatorio, á los que confesados y comulgados digan devotamente esta oración delante de una imáge de Cristo crucificado. Y los que, confesándose cada ocho días, comulguen más á menudo, podrán ganarla cada día que comulguen, según consta del decreto del mismo Pontífice de 12 de Junio del año 1822. Más confirmando nuestro santísimo Papa Pío IX esta indulgencia, ordena que por algún es-

pacio de tiempo se ruegue según la intención de Su Santidad.—(31 de Julio de 1851).